

N.º 8

GUILLERMO FELIU CRUZ

Benjamín Vicuña

Mackenna,

El historiador

EDICIONES

A
U
C
H

Guillermo Feliú Cruz
BENJAMIN VICUÑA MACKENNA.

EL HISTORIADOR

ENSAYO

Nº 8

SERIE VERDE

EDICIONES DE LOS
ANALES
DE LA UNIVERSIDAD
DE CHILE



DIRECTOR :

Guillermo Feliú Cruz

SECRETARIO DE PUBLICACIONES :

Juan Uribe Echevarría

SEIS SERIES :

Serie Negra

F I L O S O F I A

Serie Roja

L E T R A S

Serie Verde

H I S T O R I A

Serie Gris

A R T E

Serie Azul

C I E N C I A S

Serie Marrón

E D U C A C I O N

AAF1697

Guillermo Feliú Cruz

**BENJAMIN
VICUÑA MACKENNA
EL HISTORIADOR
ENSAYO**

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"



EDICIONES DE LOS ANALES
DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

1958

© Guillermo Feliú Cruz. 1958
Inscripción N° 20.545

*Edición de 500 ejemplares
Compuesta e impresa en los
Talleres Gráficos de la
EDITORIAL UNIVERSITARIA, S. A.
calle Ricardo Santa Cruz 747
Santiago de Chile. Proyectó la
cubierta y la tipografía
MAURICIO AMSTER*

VICUÑA Mackenna falleció a los cincuenta y cinco años. Su vida fué extraordinaria por muchas razones. Las empresas que emprendió sólo serían capaces de llenar en trabajo, en constancia, en decisión, en actividad y en realizaciones, la existencia entera de muchos otros hombres.

Como Amunátegui y Barros Arana, precozmente apareció en las letras. Entre los diecisiete y los veinte años, dió a luz los primeros artículos. La formación intelectual fué desordenada, sin apego al estudio, realizada en colegios particulares. Los concluyó, cuando un momento de sensatez le hizo comprender cuán necesarios le eran para abrirse camino en la vida y ayudar a su familia pobre, de gran estirpe social, arruinada por los vaivenes y cataclismos de la Revolución. Los últimos recursos, el padre, un ideólogo simpático, y un revolucionario impenitente, los consumió en la vida política como entusiasta pipiolo, y en empresas agrícolas y mineras, en las que enterró el dinero, sin esperanzas de fruto. Estudió leyes con desgano y se recibió de abogado sin mayor fe en la carrera del foro. Ella le dió, sin embargo, los recursos indispensables, mientras la pluma debía concederle lo necesario para subsistir. Fué el primer escritor que vivió de la pluma y quien hizo de su oficio una verdadera profesión en días sin ningún aliciente para las letras. Era un alma sensible a todas las delicadezas emocionales. Sensible al dolor, a la injusticia, a la be-

lleza, al pasado de la patria y de sus hombres. Lo dominaba un espíritu comunicativo de que sus libros y sus actos están llenos de revelaciones íntimas. Era imposible que alguien, sinceramente, fuera su enemigo. De sus pasiones y extravíos, siempre intermitentes, sin permanencia, por una verdadera incapacidad física para odiar, se dijo, en los mayores momentos de arrebató: ¡Cosas de Vicuña Mackenna! Ni esas pasiones ni esos extravíos lograban lastimar siquiera. A lo sumo, incomodaban.

Todo lo suyo estaba llamado a adquirir proporciones, a despertar interés, a favor o en contra, a concentrar la atención en su persona, y él a convertirse en conductor, en agente, en representante de lo que su sensibilidad sentía e imaginaba noble, generoso, de interés público, inspirado en el bien de Chile.

Con estudios ligeros, despreocupados, el vacío que ellos dejaron los llenó rápidamente. La viva curiosidad intelectual de su cerebro, lo hizo leer con ansias cuanto encontró. Pero lo realmente extraordinario era el estupendo poder de asimilación con que hacía suyas las ideas y cómo ellas se transformaban en su inteligencia ardiente. Una memoria fabulosa le servía en todos los trabajos, en las iniciativas, en las asociaciones de las ideas, en las concepciones de sus vastos planes de reformador. La imaginación, la más brillante que Chile haya conocido, la más fecunda en recursos, la más animada en colores y en

fantasía, daba escenario y grandiosidad a cuanto tocaba, no sólo con la pluma, sino con sus actos, y sus empresas, con sus luchas y sus ensueños.

Sintió el fuerte impulso de la sangre que lo mandaba a intervenir en la cosa pública, como un natural imperioso de la casta. Desde la colonia, los antepasados habían figurado con rango en la sociedad. Las alianzas matrimoniales de los Vicuña habían colocado a la familia en un lugar importante, pero no destacado principalmente en la escasa actividad pública durante la dominación. El abuelo paterno, hombre bueno, pero mediocre político, de filiación avanzada, formó en las filas de la Revolución de 1810. Le prestó el concurso de su nombre respetable, el de su trabajo y los reales de su hacienda, no muy crecida. Formó en la parcialidad de los Larraín y fué enemigo combativo de los hermanos Carrera, que lo humillaron y le hicieron sentir cómo el poder discrecional es capaz de castigar. A la caída de la Revolución en 1814, la tiranía de Ossorio y de Marcó del Pont le infligió vejaciones y destierros; le exigió cargas fuertes de dinero. Vióse perseguido, separado de los suyos y obligado a sufrir en silencio las más duras depredaciones.

El joven Vicuña Mackenna, que oyó del abuelo el relato de tan amargas vicisitudes, las conservó en la memoria. La imaginación debía más tarde colorearlas cuando hiciera historia. En los días republicanos de libertad que siguieron a la caída de

O'Higgins, la figuración del abuelo fué descollante. Se hizo pipiolo, por el mismo sentimiento de inconsciente sensibilidad que animaría al nieto: un vago espíritu de justicia. Pero el pipiolismo, sin muchos hombres de representación social, ya que el patriciado tradicional se aglutinaba en el peluconismo, lo hizo Diputado, Senador, de cuyo cuerpo fué Presidente, Ministro de Estado, e individuo importante de aquel círculo. Era Presidente del Senado en 1829, cuando la revolución de Prieto. Dirigida por Portales sagazmente y por Rodríguez Aldea en el manejo de la intriga, el pipiolismo vacilante, sin crédito ni opinión, agonizaba. Un tumulto santiaguino depuso al Ejecutivo, y en virtud del mandato constitucional, Vicuña, cuando ya todo estaba derrumbado, asumió la sombra de un poder. Tuvo el carácter necesario para mantener su autoridad, prácticamente inexistente. A fin de salvar el decoro del cargo, se embarcó en Valparaíso para hacer la revolución en el norte. Pero ya todo había concluído. Sin poder, sin fuerzas ni imperio, conservó la banda presidencial sobre el pecho hasta los últimos días de su vida, la que, desteñida, orgullosamente mostraba debajo del poncho del hacendado, llamándose el último Presidente constitucional de Chile. El rasgo tenía grandeza en la dignidad del viejo patriota. Eso sí que lo empañaba el triste estado de sus facultades mentales, muy decaídas. El nieto engrandecería los contornos del hecho como la acción cívica ejemplar

de un varón romano incorruptible, sin mácula.

Por el lado del abuelo materno, cerníase en el hogar del nieto la sombra de una tragedia que evocaba lágrimas, dolor y muerte. El General Mackenna, noble, de origen irlandés, católico exaltado como todos los de su raza, fué un ingeniero militar, buen organizador y estratega. En el Chile colonial había prestado importantes servicios en la fundación de pueblos. Con otro de sus compatriotas, el adusto Gobernador Ambrosio O'Higgins, el gran administrador del siglo XVIII, se unió en estrecha amistad. Sería el antecedente de la muy valiosa que mantendría más tarde con su hijo Bernardo, de quien se hizo mentor y consejero, inflamando en el alma apasionada del futuro caudillo las sólidas ideas revolucionarias de emancipación que constituyeron su evangelio. Sin titubeos, desde el primer momento, con decisión, apoyó la causa de la Revolución. Organizó ejércitos, dirigió combates, fué héroe en "El Membrillar" y vencedor de la jornada. Antes, había formado parte de algunas juntas de gobierno, cuando la inexperiencia política y la confusión sobre lo que realmente se quería hacer en el camino de la separación de la metrópoli, suscitaba escrúpulos. Fueron esos días de indecisión en los que perdió el gobierno el norte de la iniciativa revolucionaria.

Cuando Carrera arrebató el timón del Gobierno por asaltos sucesivos con el apoyo de las fuerzas, de cuartelazo en cuarte-

lazo, y lo encaminó derechamente hacia la emancipación, el irlandés se convirtió en su enemigo. Era formidable como tal. Sabía odiar implacablemente. Trabajaba en las sombras, donde acumulaba recursos, envenenaba el ambiente, urdía las dificultades y movía hombres e intereses en el sentido de la conveniencia de su círculo. Por su matrimonio, estaba vinculado a la casa de los Larraín, que en bloque luchaban contra Carrera y sus hermanos. Si en estas profundas diferencias de los dos grupos había mucho, y en el fondo eso era todo, de predominio de una casta sobre la otra, Mackenna tenía del significado de la contienda otra opinión. Como Carrera, buscaba la liberación. Pero en este soldado, el concepto civil del gobierno y el papel del ejército en las luchas ciudadanas, era la de un hombre de derecho y de ley. El personalismo de Carrera y sus hermanos y el uso de la fuerza para colocarse en el mando, lo exasperaban. Por lo demás, de esta familia habíase formado la peor opinión, y ella también del civilista-soldado.

Toda la etapa de la Revolución, de 1811 a 1814, disputaron. Se unían y volvían a distanciarse. Una antipatía nacida de idiosincrasias profundamente diversas, en lo intelectual, en lo moral, en lo social, en las concepciones militares, en todo, en fin, en forma tajante y sin solución, los rechazaba y el odio recíproco los unía. Un incidente cualquiera iba a poner término al entredicho. Agonizante la Revolución, un día encontróse Mackenna, frente a

frente, con el arrogante hermano de Carrera, Luis. Después de unas violentas palabras de recriminación por los ataques a su familia, Luis retó a duelo al irlandés.

Eran personalidades demasiado señaladas para que el desafío se efectuara en el país. Quedó diferido. En el aplazamiento hubo como un anuncio fatídico de que la Revolución se derrumbaría y que el reto tendría sanción en tierra extranjera. José Miguel Carrera asaltó por la fuerza el gobierno en julio de 1814. Desterró a Mackenna a Mendoza, donde, con su arte para la intriga, predispuso el ánimo de San Martín contra los hermanos, que en octubre habían hecho naufragar la Revolución en Rancagua. En Mendoza no pudieron batiarse. En Buenos Aires, en los alrededores de la ciudad, se llevó a cabo el lance. En un atardecer se encontraron en un despoblado. Al primer disparo, ambos contendientes quedaron ilesos. Los padrinos hicieron un esfuerzo para reconciliarlos. Los dos soldados respondieron: ¡jamás! Se cargaron las armas para el segundo encuentro. Sonó la voz de fuego, y al agudo silbido de los disparos, se derrumbaba Mackenna herido mortalmente en la frente por la bala de Luis. Ahí quedó tendido el irlandés.

Vicuña Mackenna conoció esos odios y este lance en el hogar de la abuela. Pero nada de esto lo conmovió. Un día escribió la vida de su antepasado y después el ostracismo de los Carreras. Todos eran simplemente Padres de la Patria. Todos ha-

BIBLIOTECA NACIONAL

BIBLIOTECA AMERICANA

"JOSE TORIBIO MEDINA"

bíanse sacrificado por Chile. Eran dignos del respeto de la posteridad. La bondad del corazón, el concepto de la grandeza heroica de los hombres, el poder de la imaginación, anularon, en ambas obras, el menor indicio de pasión.

Ese era su carácter. Convengamos en que eran éstos libros de juventud, de una juventud romántica espléndidamente lograda. Pero después tampoco reaccionó. El sacerdote de la historia —como se llamaba— nunca tuvo un juicio definitivo sobre los hombres y las cosas. Las impresiones, los afectos, los estallidos generosos, el ennoblecimiento de lo que creía grande, construían sus juicios, siempre de ensalzamiento. En la acción personal, el temperamento suyo adquiría un dinamismo sobrehumano. Obraba como una furia de la naturaleza, como un vendaval deshecho. La pasión lo impulsaba y guiaba impetuosamente.

Era un joven, casi un adolescente, cuando conspiró contra Montt y escribió páginas tremendas contra él. Tomó las armas en la Revolución del Norte en 1851. Comandó tropas improvisadas, convencido de que jugaba un gran papel y que dirigía gloriosos ejércitos aguerridos. Era la fe, era imaginación, las que exageraban. Dirigió combates, escaramuzas, que consideró batallas de magnitud, porque eran en aras de la libertad. Las contaría como proezas inmortales del pueblo. Derrotado en esas descabelladas acciones, escapó al galope para no caer prisionero. Volvió a la lid

a desempeñar lo que estimaba su rol histórico.

De atrás lo impulsaban la sangre y el martirologio del antepasado, la tradición de bien público de la familia, y el concepto de que estaba llamado a un destino superior. La imaginación y el poder de acción incontenibles eran los motores que construían sus quimeras. La aventura política revolucionaria concluyó con un destierro. Antes, ya se le había condenado a muerte por sedición. Se embarcó en un buque de carga a recorrer el mundo. Conoció California, atravesó México, desde el Pacífico al Atlántico. En mula escaló la sierra. Visitó los Estados Unidos y su juicio sobre los norteamericanos fué adverso. No los comprendió. Pasó por Canadá. Visitó Europa, Francia, Alemania, los Países Bajos, Austria, Italia. Tomó notas y apuntó impresiones y dejó los bártulos en Inglaterra. En Cirencester fué a estudiar agricultura, en el Real Colegio. En 1854 volvió a Chile, y entonces publicó un folleto sobre lo que había aprendido como alumno en esa escuela y también en la del Jardín de Plantas de París. Ostentaba ya los títulos de miembro de la Sociedad Geológica y de Aclimatación de Francia y de la Sociedad Botánica de París. Le halagaban esos títulos. Ni pensar haya que después se consagró a la agricultura. Pero prestó el concurso de su dinamismo a la Sociedad Nacional. Llenó páginas sobre la flora primitiva chilena en el periódico *El Mensajero de la Agri-*

cultura, en 1856. Una memoria sobre el tema, llena de observaciones sobre la vida del campo, fué el otro aporte, ese mismo año, a la empresa de cambiar el sistema de explotación de la tierra chilena.

Nada importa la falta de aplicación de sus desvelos de entonces; ni el ningún o poco aprovechamiento de su experiencia técnica en la tradicional y feudal manera como se hacía, en la mitad del siglo XIX, el laboreo agrícola. Estos antecedentes tienen otro significado y otro alcance. Nos sirven para estimar cómo Vicuña Mackenna enriquecía su cultura y asimilaba conocimientos. Si muy extensa y variada fué la suya literariamente, hasta parecernos increíble, es impresionante el otro tesoro de su cultura científica y el aprovechamiento práctico a que la volcó, haciéndola servir intereses vitales de su patria.

La defensa de los bosques; el drenaje de los ríos, por métodos científicos; el embalse de ellos para servir zonas estériles con canales de regadío; la construcción de puertos, faros y balizas; la concepción económica de las vías de comunicación; el agua potable, la higienización de las poblaciones, la urbanización y transformación de ellas; la implantación de cultivos en determinados sitios climatéricos; los beneficios de las caídas de agua; el valor alimenticio de la pesca; la técnica para mejorar las explotaciones de los minerales; la creación de parques y los métodos de conservarlos; la colonización; las posibilidades de industrias manufactureras explo-

tables... En fin, sólo hemos nombrado aquellas iniciativas tuyas que vienen a la memoria desordenadamente. Ellas fueron convertidas en temas que abordó en el diario, explayó en el folleto, movió en la Cámara de Diputados y en el Senado. Las realizó, en parte, en todo lo que convenía a su genial proyecto, en la transformación de Santiago en el tiempo en que fué Intendente. En cada una de estas materias su información no era así no más. Las poseía completas, bien asimiladas, fundadas y metodizadas en antecedentes científicos.

Ningún chileno tuvo un concepto tan amplio acerca de la transformación del país como este hombre de acción avasalladora. Para su progreso, quiso hacer servir los éxitos prácticos logrados por la cultura europea, de lo que la ciencia entregaba para sus aplicaciones a la vida material. Pérez Rosales e Isidoro Errázuriz son los que le siguen en el impulso creador de civilizar con los beneficios que proporcionaban los resultados prácticos de las ciencias para dominar la naturaleza.

Los estudios históricos habían surgido esporádicamente algunos años antes. En 1849, en el diario *La Tribuna*, de Antonio García Reyes y Manuel Antonio Tocornal, dos ensayos tuyos, uno sobre *El Sitio de Chillán* y otro acerca de la fundación de *El Instituto Nacional*, indicaron que formaría parte del grupo de Amunátegui y Barros Arana. Pero era otro el estilo y su forma de historiar. Era puramente litera-

rio, declamador, con relumbrones imaginativos y desorden en la exposición.

Eso sería siempre después. Andrés Bello le aconsejó que visitara con frecuencia la gramática y se hiciera más amigo de la lógica. Que no dejara de escribir, porque tenía talento, un talento verdadero para las letras. Le entusiasmó para que las cultivara. Estaba entre los dieciocho y los diecinueve años. También ya Vicuña Mackenna había descubierto una de sus características innatas. "Desde mi más temprana edad sentí viva inclinación al cultivo de la historia, la que, arraigada en el curso de los años y de los estudios, fué mi tarea predilecta y la más intensa preocupación del espíritu". Son palabras suyas a los treinta y cinco años, escritas en 1866. Definió entonces, también, cómo entendía esa inclinación. "A esta afición innata, pero ardiente, a la admiración profunda por los grandes hechos de la Revolución, al amor entusiasta por la memoria de sus ínclitos autores, al culto, en fin, de las ideas que germinaron en el pensamiento de aquellas generaciones dignas de imperecedero recuerdo... es a lo que obedecemos", escribió.

Interesa esta declaración. Señala su concepción de la historia, la que desenvolvió en seguida más ampliamente. No debía ni había para qué escribir la *historia de los gobiernos*. Era necesario compaginar la *historia de los hombres*, mediante las biografías; la *historia de la sociedad* y la *historia del pueblo*. Confun-

día sociedad y pueblo, que es lo que hace la *historia social*. Pero el historiador la personificaba en el individuo. Extravíos de la imaginación, del culto de los héroes y del patriotismo.

Después de la publicación de los dos ensayos de 1849, pasó algún tiempo para que se concentrara en los estudios históricos. El ajetreo político, las andanzas del conspirador y la participación personal en la revolución de 1851, no eran, naturalmente, propicias para el cultivo de la historia. Si no la escribía, atesoraba informaciones. La curiosidad vibrante e inextinguible de su espíritu, fué recogiendo en todas partes la tradición histórica; conversaba con los actores; indagaba antecedentes; se informaba de los hechos menudos. De arriba y de abajo, de la alta sociedad y de la que componía el pueblo, extrajo la chilenidad que hay en sus libros y que su fantasía y su don comunicativo llenaron de sorprendente vitalidad y de aciertos singulares.

Unas encendidas páginas biográficas de héroes militares de la Independencia son las que agregó a su cartel de hombre de letras en 1854, después del regreso del destierro. Su pupila se había iluminado con la visión de un mundo distinto, en los matices de las costumbres, en la manera de ser de los espíritus, llenándolo de ansias de progreso para la patria.

El activista, el agente de los sentimientos públicos, comenzó a desarrollar su labor hacia esta época. Desde que había

cruzado los Andes para volver al hogar santiaguino, y sentándose a poner en orden los papeles de su archivo de viajero, se dedicó a escribir. En unos cuantos días —anuncio de su fecundidad monstruosa— se entretuvo en compulsar las impresiones de la peregrinación de los años moceriles de 1853, 1854 y 1855. Había salido de Chile a los 22 y volvía a los 24.

El libro apretadísimo con las más atra-yentes descripciones, comentarios y notas apasionantes de lo que vió y sintió, fué publicado en 1856, con el título de *Páginas de mi Diario*. Consagró definitivamente al escritor. El poder del narrador era subyugante. La vibración del estilo, diáfana. La imaginación alumbraba cuadros descriptivos de paisajes, ciudades, monumentos y escenas de la vida costumbrista. Reflejaba la Europa en un espejo. Las costas del Brasil, con la misma fuerza de la naturaleza tropical. La vida argentina, con la pampa envuelta en melancolía, en una pintura de rasgos, de incidentes, de evocaciones, admirables.

Ahora, en la paz —¿pero habría paz para este hombre hecho para la acción y la movilidad?— iba a comenzar la tarea del historiador. A las *Páginas de mi Diario* siguieron las de los *Rasgos biográficos del abate Juan Ignacio Molina*. La biografía siempre será lo sustantivo en la obra del historiador. Esas páginas fueron arrancadas de las del itinerario del viajero para servir un objeto patriótico, en la campaña del activista, con el fin de enaltecer las

glorias nacionales. Quería ver al sabio jesuita en el bronce. Era un homenaje a la memoria del que dió a conocer a la pobre colonia en el extranjero y fué primer historiador de Chile, como lo llamó. Era una invocación al pueblo para consagrarle un monumento. Lo mismo había hecho con la memoria del General San Martín. Deseaba erigirle una estatua "sudamericana" en las vecindades del campo de batalla de Maipo. En 1856, hacía menos de seis años que el guerrero había fallecido en el destierro, sin ver justicia. Solo. En Chile se conservaban malos recuerdos suyos. Había preterido al país, comportándose ingratamente con las fuerzas libertadoras nacionales que llevaron la independencia al Perú. Su título oficial de Capitán General, emanado del Gobierno de Chile, no le impidió detenerlo en el intento de hacer fracasar la campaña naval de la Escuadra Libertadora. En el Perú, el soldado despertó resistencias. En su patria, se le odiaba. Nunca, espontáneamente, ni él ni ella, consiguieron identificarse. Para Vicuña Mackenna estos sentimientos carecían de importancia. Eran ahistóricos. San Martín era un Libertador de pueblos oprimidos por la tiranía española. Eso bastaba para la glorificación. Y fué, en verdad, en América, uno de los primeros que emprendió la rehabilitación del Capitán de los Andes. Le habían precedido otros historiadores chilenos: Sanfuentes, en 1850; los Amunátegui, en 1851, y Barros Arana, en 1855. En Argentina nada se había hecho. Pero

el impulso de la glorificación popular del héroe y el conocimiento exacto, documentado de su vida, le pertenece y es suyo. Poco después, en 1863, será su primer biógrafo americano.

Ninguna de estas iniciativas patrióticas populares, nacidas "al amor entusiasta de los ínclitos autores de la Revolución" —como decía—, quedaban en el papel. El activista formaba comisiones de hombres notables, creaba ambiente para sus proyectos y hacía converger la opinión pública a su favor. Las estatuas de Pedro de Valdivia, O'Higgins, Carrera y Freire, nacieron de estas cruzadas de reparación histórica, de justicia y de civismo. De este empeño por la glorificación de los héroes surgió lo que creyó era el pago de una deuda del amor familiar y que estimaba como una vindicación histórica para la posteridad.

Su abuelo, el irlandés, le pareció que la necesitaba. Pero fué el poder de la sangre mucho más decisivo en la justificación. Al visitar Irlanda, se dirigió a la tierra de sus mayores. Abrazó a la única hermana del General, una anciana que había cruzado el límite de los cien años de edad. Era ya un desecho físico. La cabeza estaba aún bien sentada. Encontró a la familia, poderosa en otro tiempo, en la ruina. El castillo, que habló de su rango, estaba en otras manos. Los descendientes vivían en una humilde medianía. El espectáculo lo conmovió hasta las lágrimas. Flotaban en el ambiente, desvaídos e imprecisos,

envueltos en la nostalgia, cubiertos por el polvo que una brisa leve, que a veces los descubría confusamente, los recuerdos de lo que fué el hogar del General. Los corrales del castillo derruidos; la sala de armas, deshecha; la iglesia, hundida en las sombras del pasado. No quedaba más.

La visión de ese cuadro, la sensación de dolor que le produjo el estallido de la sangre en la cuna de su origen, enardecieron la imaginación del historiador. Allí mismo, por la fuerza de las sensaciones confusas y el sobrecogedor poder de la evocación, escribió una página enternecedora. En cambio, la invocación de los suyos de la estirpe irlandesa, por más personal que fuera y alcanzara los acentos de un grito desgarrador, es puramente verbalista.

Desde ese día, en su mente quedó grabada la idea de escribir la *Vida del General don Juan Mackenna*. La lanzó en 1856. Los papeles del héroe habíanse dispersado en el torbellino de la Revolución, que fué para Mackenna un vórtice. Las prisiones, las cárceles, las disputas, las campañas a campo raso, los destierros posteriores y la muerte, el viento los había arrebatado. Bien poco existía. Las fuentes de información las proporcionó el bando enemigo de Mackenna. Unas cuantas cartas íntimas sirvieron para reconstituir la personalidad. El historiador, convertido en biógrafo del abuelo, ¿se dió cuenta de la intensidad de sus odios, hasta convertirlo en un intrigante? En la pluma de Vicuña Mackenna, esta vida se recoge y se con-

trae. No habla; cuesta encontrar al hombre. Es que él había sido así. Se perdía en la trastienda. Lo curioso y singular es que los Carreras, que hicieron de Mackenna una víctima, no fueron enjuiciados por el nieto. No los llamó al tribunal de la sanción histórica, según su lenguaje. La explicación debe buscarse en el carácter del historiador. Las afecciones sentimentales y la nobleza del temperamento, lo detuvieron en el juicio. Otras razones fueron también decisivas.

En el mismo verano de 1856, en que redactaba la vida del General Mackenna, amontonados y sin concierto se encontraban, sobre la mesa de su escritorio, los papeles de los Carreras. En el otoño los pondría en orden. En medio de las campañas del combatiente de la revolución de 1851, cuando organizaba tropas y las comandaba como lugarteniente de José Miguel Carrera y Fontecilla, único hijo varón del infortunado General, en las horas del vivac, al trazar planes de combate y de guerrillas, la imagen del deudo, romántica figura y mediocre inteligencia, hidalgo señor y magnífico amigo, le hizo concebir la historia del martirologio de los caudillos de la primera Revolución. La gratitud hacia el compañero de las aventuras pasadas, lo obligó a sellar los labios en la vida de Mackenna. En esta conducta no había adulo ni complacencia para con el vástago de José Miguel Carrera. Nació espontánea y sincera del alma impresionable, subyugada por la grandeza de los hechos en que

esa familia había intervenido. El sentido heroico que daba al pasado y el deseo de proporcionar a la patria las bases místicas de una tradición muy pura, lo llevaron al perdón. Un perdón cívico para el porvenir, para la unión de la familia chilena.

En el invierno de 1857 escribió, como sabía hacerlo en un solo acto continuado de dos semanas, las quinientas y más páginas de *El Ostracismo de los Generales José Miguel y Juan José y el Coronel Luis Carrera. Episodios de la Independencia de Sud América*. Literariamente, el libro puede mostrarse como arquetipo de la influencia del romanticismo francés en las letras nacionales. Lo inspira Lamartine con la *Historia de los Girondinos*, de estilo corintio. Dumas dijo de él que su autor había elevado la historia al nivel de la novela, y Tocqueville, que nunca había conocido un espíritu menos sincero, ni que despreciara tan completamente la verdad. Fué, por otra parte, la primera historia que leyeron las mujeres, y lloraron amargamente sobre sus páginas. No es necesario detenerse en el mérito histórico de la obra de Lamartine, que fué nulo. La intención política y el brillo del poema lírico, fué lo que captó Vicuña Mackenna. En los ánimos ya afiebrados de esos días, por la falsa postura de la vida a que conducía el romanticismo, el libro del chileno hizo impresión. El de Lamartine todavía, según se dice, no circulaba en Chile. La intención política fluía del canto a la libertad, martirizada en los Carreras y vi-

lipendiada por la incomprensión de los gobiernos, y aún, mucho más, por ciertos sectores de una sociedad reaccionaria.

La adaptación a la prosa de Lamartine, en sus rasgos dramáticos, en las cadencias del estilo, en las entonaciones de la pesadumbre y del dolor, y en los colores de los retratos de los actores del drama, no era difícil para Vicuña Mackenna. Su imaginación era capaz de ello, y el poder de resurrección, tan fuerte como la del propio modelo. Pero el libro es malo definitivamente como literatura. La explicación de la influencia emocional que tuvo en sus días, obedeció a un estado de alma colectivo, en una sociedad que se encontraba en la infancia del control de sus afectos. Sin embargo, esa prosa de lamentos y de imprecaciones, de misericordia y de enfáticas exclamaciones, alcanzó a perturbar y a mover el alma de los jóvenes liberales que comenzaron a llamarse girondinos y a designarse con los nombres de aquéllos. La hojarasca literaria de la obra de Vicuña Mackenna pasó y quedó en pie el rico material histórico en que se apoyaba el libro. Los hombres, los sucesos y las cosas de la narración encontrábanse desfigurados por la imaginación y el lirismo. Mientras el libro de Lamartine murió completamente, el del autor del *Ostracismo de los Carreras* se sostiene como un archivo, y a él hay que recurrir para desentrañar la vida de los Carreras en Mendoza y en Buenos Aires, y la de José Miguel en los Estados Unidos y Montevideo. Es más to-

davía. Para conocer la guerra implacable que con la bandera de la Federación Carrera desató en el litoral y en el interior de las ya deshechas Provincias Unidas del Río de la Plata, su lectura tediosa es uno de los sacrificios que tendrán que imponerse los que estudien la época.

Cuatro años duró la paz en que vivió el escritor desde que volvió a los lares (1855-1859), y quien sabe si ella fué sólo una paz relativa. La política lo llamaba con imperio, y en los círculos del liberalismo revolucionario comenzó a agitar opiniones y a discutir planes de sedición.

En un momento de tregua, abrió los códigos. En 1857 se recibió de abogado. Nada de leyes ni abstracciones jurídicas para la tesis a que le obligaba el grado universitario de Licenciado. Prefirió otro asunto. Algo de orden práctico para el bien y el mejoramiento del delincuente, abordó en la memoria: el sistema penitenciario en Chile y su mejor aplicación. Pintó nuestras cárceles como fétidos pudrideros de corrupción y abajamiento moral; el sistema penitenciario —¿pero, había alguno?— era el grillo, el azote y el cepo. Imposible la redención del delincuente en ese ambiente. El había visitado las cárceles y penitenciarías de los Estados Unidos. Podía comparar. Las enmiendas que propuso quedaron en la tesis.

En las tierras que recorrió en la adolescencia y después como revolucionario, se presentó de candidato a Diputado en 1858. El manifiesto a los electores de La

Ligua era ardiente. Estaba henchido de promesas, de reformas políticas generales para el país y otras para el bienestar del pueblo que deseaba representar en el Congreso. Se enredó en pleitos con el Regente de la Corte Ilustrísima de La Serena, porque no cumplía con los mandatos de la justicia. Lanzó un folleto en el que reveló las incidencias del juicio que seguía contra un síndico en el concurso de un teniente coronel. Otro folleto vehemente, sin lógica jurídica, pero lleno de consideraciones sobre lo que era la justicia y los deberes del juez en la organización social, salió de las prensas como un desahogo de su irritación. Decididamente, no era abogado. En pleno ejercicio de la profesión, era muy evidente el desgano.

Todas las fuerzas lo impulsaban a la política. Para hacerse oír, nunca había tenido un diario, un periódico siquiera. Sus artículos históricos, como los de actualidad para mejorar los servicios públicos y los que contenían las observaciones personales del momento, eran recibidos con entusiasmo, con una especial y señalada preferencia. En otros casos, en los que abordaba asuntos de un teñido tipo doctrinario, el hogar se cerraba. *El Ferrocarril* de Santiago era un diario montino y varista; *El Mercurio* de Valparaíso, muy cauto, no estaba dispuesto a aventurarse por ideales revolucionarios. Decidió tener periódico propio y lanzarse a la batalla contra el gobierno de Montt. Publicó 13 números de *La Asamblea Constituyente*, desde el

BIBLIOTECA NACIONAL

BIBLIOTECA AMERICANA

"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

20 de octubre hasta el 11 de diciembre de 1858. El título del periódico era un reto. El contenido de los artículos, la incitación a la revuelta. Las *Tablas de sangre de la Administración Montt*, están impresas allí. Reforma de la Constitución de 1833, libertad electoral, mayor intervención del Congreso en la marcha del Ejecutivo para contener la omnipotencia presidencial, era el programa del periódico. Los asuntos de orden laico no le interesaban. Los defendió con energía, pero no hizo de ellos nunca sostenidas campañas. No era un anticlerical apasionado. Respetaba la Iglesia y combatía sus intromisiones en las cosas temporales. La fe no se le había extinguido, sino apaciguado. Por eso, en el periódico, estas cuestiones no tuvieron representación. Las puramente políticas son las resonantes en ese ardiente papel, que fué la bandera de una opinión muy señalada. Desde esas columnas llamó a un *meeting* —él fué el primero que empleó el término—, para congregar las voces de la opinión de los girondinos liberales, en el Club de la Unión. Era el 11 de diciembre de 1858. Acabó con ellos la cárcel. El 12, el gobierno se armaba de facultades extraordinarias. Ese mismo día era clausurada *La Asamblea Constituyente*. El 20, desde la cárcel pública de Santiago, suscribía un *Manifiesto al Pueblo de Santiago* para condenar el estado de sitio y reafirmar los postulados revolucionarios.

En la cárcel escribió *Mi diario de pri-*

sión. Actor de hechos tan importantes como los estimaba, no era posible quedaran desconocidos para la posteridad. La historia de su vida y historia nacional, se confundían. Sabe que está haciendo con su actuación la historia de mañana y la documenta cuidadosamente. Es otro aspecto de su temperamento. Pero el diario de vida en una cárcel santiaguina era para llenarlo en minutos, en la noche, de una jornada para otra. Los mismos hechos, unas cuantas visitas. La repetición sistemática de actos iguales, bajo un régimen insufrible policial. Los caracteres de los hombres concluían identificándose. Las aspiraciones tenían su meta en la libertad. Vicuña Mackenna mató el tedio, volviendo a la historia como a un refugio. Con la ayuda de unos cuantos cronistas, en once días, desde el 6 al 17 de febrero de 1859, redactó, en forma definitiva, el ensayo *Diego de Almagro. Estudios críticos sobre el descubrimiento de Chile*. Ciento y tantas páginas.

La investigación ha dejado muy atrás este ensayo, cuya lectura es agradable. Lo que la erudición no ha contradicho, sino que más bien ha confirmado, es la captación que Vicuña Mackenna hizo de los rasgos psicológicos del conquistador. Los intuyó y reflejó con mucha firmeza y penetración. La voluntad férrea del hombre, la generosidad del carácter, la franqueza ingenua, sin malicia, la heroicidad innata, el sentido del sacrificio y la fortaleza para superar las horas tristes; ca-

da uno de estos aspectos Vicuña Mackenna los trazó, cincelándolos. Blanco Fombona, maestro del retrato, en un libro tan apasionante como *El Conquistador del siglo XVI*, evitó el boceto psicológico de Almagro y prefirió reproducir el de Vicuña Mackenna. La misma intensidad en la penetración tiene el de Bolívar. ¿Es superior el de Rodó? En la elegante construcción de la frase y en su amplificación verbalista, sí. No, en la profundización íntima de la llama cambiante, pero firme del genio del mayor majadero de la humanidad para destruir un mundo y encontrarse después sobre desoladas ruinas, sin poderlo arar. La intuición y el sentimiento de la grandeza, el poder de la evocación para percibir las sutiles emanaciones de lo inerte del pasado, con el eco de lejanía y ausencia que dejan las almas y las cosas cubiertas por la yedra, la imaginación del historiador las transfiguraba, las revivía y las dejaba magnificadas en esa distancia de tiempo en que las envuelve el ensueño, la ilusión.

De la cárcel salió para el destierro. Otra vez a Europa, en un buque de carga y en la sentina recluso. Iba con la pasión viva y con los odios desatados —esos odios suyos intermitentes, que luego, o perdaban, u olvidaban. Puros estallidos de violencia y nada más. Ya en París, con otros compañeros de exilio —los girondinos de diciembre de 1858—, lanzó un folleto con acusaciones tremendas. Una campanada en el extranjero que debela-

ba la situación de la patria: *Montt, Presidente de Chile y sus agentes ante los Tribunales y la Opinión Pública de Inglaterra*. Tal era el título. Resumía la causa que habían hecho seguir en Londres al capitán del buque que, al conducirlos prisioneros por una simple paga, había faltado a reglas precisas del derecho internacional. El pobre diablo del capitán de la *María Luisa Braghinton*, se ha esfumado para siempre. En cambio, la conducta de Montt y de sus hombres quedó ensombrecida. Aparecía como un tiranuelo más en la América Latina, tan pródiga en ellos y tan extraños en Chile. Luego, pasaron esas horas de arrebató. Volvió la calma al viajero. ¿Qué hacer "en el ancho mundo"? ¿En qué emplear sus maravillosas fuerzas de activista? Se concentró en el estudio.

En Londres, en el Museo Británico, trabajó en la misma mesa de Luis Blanc, autor de una *Historia de la Revolución Francesa*. Compulsó papeles históricos. En el otoño de 1859 pasó a París. Aquí abrazó a Barros Arana, también desterrado. Fué un encuentro feliz. Los dos historiadores recorrieron como eruditos las librerías anticuarias y las bibliotecas tras la pesquisa de libros y de documentos sobre América y Chile. Estaba pobrísimo. Barros Arana lo empujaba a ir a España a ver las tierras de los antepasados y a estudiar los archivos y las bibliotecas. Sevilla y Simancas eran el señuelo. Sin dinero... El de Barros Arana apenas le

alcanzaba. Hubo él mismo de remendar una camisa. El sabio Claudio Gay, que tanto le debía a Chile y él tanto había hecho por él, le anticipó la cantidad. Decidieron el viaje. Pasaron por viejas ciudades llenas de recuerdos y motivos históricos, en las cuales la identidad de hábitos y costumbres, les trajo el olor de la patria ausente. Llegaron a Madrid. Durante un mes de residencia en la villa del oso y del madroño, dijo "no haber excusado ni los días de fiesta para entregarme a mis polvorosas investigaciones entre los libreros de viejo de aquella ciudad". En esa precipitada excursión recorrió con avidez los documentos sobre Chile que se encontraban depositados en la Biblioteca Nacional. Anotó los referentes a América. Hizo hallazgos bibliográficos en las librerías de viejo. En una "frígida y nebulosa mañana de un día del mes de noviembre del año del Señor de 1859", tomó el rumbo a Toledo para encaminarse a Valencia, "a caza de recuerdos, pergaminos y librotos. Fuí a esa ciudad —apuntó— con el objeto de examinar la famosa historia de Chile escrita por el jesuíta Diego de Rosales". En Sevilla se hundió en el Archivo de las Indias. El viajero comenzó a sentirse inquieto y abrevió la excursión de estudio. Volvió a París; de ahí, al Perú.

Sentó los reales en Lima. Pero antes, desde la ciudad parisina fué a Londres y quiso entrevistarse con Lord Cochrane,

para la traducción de las memorias del heroico Almirante. Sin resultado.

En la capital de los Virreyes encontró, sumidos en la pobreza, a los compañeros de la cruzada revolucionaria de la libertad de Chile, los amigos de las campañas de 1851 y 1859. Unos eran los desterrados de ayer y otros los de la última aventura. Allí estaba enfermo y aniquilado su jefe, del cual fuera lugarteniente en el norte en 1851, y que había vuelto a tomar las armas en 1859. José Miguel Carrera y Fontecilla murió prácticamente en sus brazos. Era una víctima ilustre de las persecuciones del régimen de tiranía de su patria, según se le antojaba. El momento que presentaba ese duelo, supo aprovecharlo. Lo despidió con un discurso de marcada intención política, al cual dió amplia circulación en una hoja impresa. Culpó al Gobierno de Montt de la pérdida de esa vida, su entrañable amigo, formulándole cargos tremendos. Supo entonces de la ley de responsabilidad civil sancionada por Montt, ley impía y bárbara. Hacía efectiva en los bienes de los ciudadanos alzados en armas contra el Gobierno, los daños causados al Estado y a terceros. Las familias de ellos serían las víctimas. Naturalmente, la voz de Vicuña Mackenna se alzó en el acto. Relacionó la ley chilena con la argentina sobre los bienes del dictador Rosas, y publicó un folleto: *Don Juan Manuel de Rosas delante de la posteridad y la confiscación política restablecida en la legisla-*

ción de Sud América. Fué su última actuación política en el Perú, con relación a los sucesos de Chile. Era el año de 1860.

Lima le pareció propicia y acogedora. Hizo amigos y se relacionó con los hombres de tendencias liberales que hacían la política y muy particularmente con los de estudio. A éstos les pidió datos e informes para descubrir archivos y obtener los documentos que encontrábanse en poder de las familias patricias. Como por todas partes dejaba el eco de su recuerdo y de la simpatía atrayente, comunicativa y generosa de su alma, siempre inspirada en nobles motivos, en Lima recibió ese año, enviándoselos desde París el Ministro Plenipotenciario de Argentina en Francia, Mariano Balcarce, hijo político de San Martín, los papeles del héroe, en copia certificada, "sin excusar lo más secreto en el precioso archivo de aquel gran americano". Lo había conocido en París. Con aquellos documentos y los que copió en Mendoza en 1855, llegó a conocer íntimamente la personalidad enigmática del organizador del ejército de Los Andes. En sus manos se juntaban, por un raro designio, los archivos de los Carreras y de San Martín.

Era imposible que al residir en Lima no persiguiera la huella de O'Higgins. Hacía dieciocho años que el desterrado chileno había fallecido en la ciudad virreinal en la calle de Espaderos, Girón de la Unión. De las figuras de la historia de la Independencia, la más cara a sus afectos, la

más pura en el patriotismo, la más llena de coraje cívico, era la del soldado del Roble. Sin cuestión, era el fundador de la nacionalidad. Buscó al hijo de O'Higgins y le habló de su proyecto de escribir la vida del patriota. Para que el rico hacendado de Montalván comprendiera el espíritu de justicia histórica que le animaba, le dió a leer el *Ostracismo de los Carreras* y la *Vida del General Juan Mackenna*, donde no se encontraba ni un reproche, ni la expresión de un despecho, para con el grande hombre, las veces que su pluma hubo de tocarlo. La verdad es que el hijo de O'Higgins, Demetrio, no necesitó de esas pruebas. Era un espíritu muy amplio y culto. Si amaba a su padre y sentíase orgulloso de sus glorias, que, además, veneraba como chileno, comprendía que en los días revueltos, turbulentos e inestables que vivió el soldado y el mandatario, eran inexcusables las faltas, los errores y los extravíos. Era la intención de los actos lo que debían apreciarse. A su juicio, los móviles de su padre habían sido sanos. El trato con el escritor concluyó convenciéndole de que el mejor historiador de su padre, sería Vicuña Mackenna. Le abrió el archivo intocado. Con él se fué a Montalván a clasificar los papeles. Se los obsequió en seguida. Los tres archivos de los más grandes hombres de Chile: Carrera, San Martín y O'Higgins, quedaban en los anaqueles de la biblioteca del historiador. El de Portales lo tendría más tarde.

Vicuña Mackenna trabajó en el archivo

o'higginiano sin descanso, en jornadas de dieciséis horas diarias. En un mes quedó ordenada la balumba de manuscritos que encerraba la historia de Chile desde los albores de la independencia y de los primeros pasos vacilantes del nuevo Estado, hasta el desplome del mandatario, en 1823. Podía seguirle hasta su muerte, en 1842, con las cartas, proyectos y documentos del desterrado. Ellos hablaban de esa época triste de su vida, y con la correspondencia recibida, reconstituir el ambiente que lo rodeó. Esta narración la emprendería muchos años después.

Manos a la obra. Las quinientas páginas del *Ostracismo del General don Bernardo O'Higgins, escrito sobre documentos inéditos y noticias auténticas*, fueron redactadas en dos semanas, en la hacienda de Montalván. Durante la jornada no levantó cabeza. Para sentir al hombre, no quiso moverse de la hacienda en que O'Higgins viviera dirigiendo los cultivos agrícolas durante diecinueve años. En el mismo cuarto en que murió, como si quisiera sentir los efluvios de su alma e identificarse con ella, dejó correr la pluma.

No nos corresponde analizar aquí este libro. Fué en Chile, en Valparaíso, donde se editó como folletín del diario *El Mercurio* de esa ciudad, para aparecer en seguida en un volumen respetable, y también porque en su patria fué donde la obra hizo eclosión. Sin embargo, cabe una observación. La literatura histórica americana hacia esta época de la segunda mitad del siglo XIX,

en lo tocante a la independencia, recién salía de la infancia. Prevalcía ese género de escritos que germina tan espontáneamente, donde graves sucesos han conmovido de un modo profundo la sociedad, y la han dividido en parcialidades irreconciliables con los personalismos, los caudillos militares y civiles. Cada juicio, con pretensiones de histórico, era una defensa. Cada historia, una apología. Los folletos en pro o en contra de un hombre o de un hecho, los caracterizaba el espíritu de partido. Ninguna de las figuras capitales de las que hicieron la independencia, tenía una historia o una biografía ya depuradas de estas circunstancias. El verdadero historiador debía sortear cuidadosamente este difícil tropiezo para darle al relato la trascendencia, seria y digna, de estudio y de reflexión, que condiciona el más elemental contenido de la historia. Desde este punto de vista, el libro de Vicuña Mackenna era nuevo en la literatura histórica. Era el primero con una intención desinteresada de estudio. Presentaba la vida de un hombre de la Revolución, apoyada en una documentación sólida, convenientemente utilizada, de modo que ella respaldaba la autoridad del autor. Ese propósito en Vicuña Mackenna era evidente. Su logro, en lo referente al criterio y a las opiniones del autor, eso ya era otra cuestión.

La obra que redactó Vicuña Mackenna en el Perú, le concernía a ese país en más de uno de los capítulos. Uno de ellos ha-

cía parte importante, por lo menos, de su historia. La Expedición Libertadora, obra personal de O'Higgins, había sido el punto de partida de la independencia del virreinato. Ella lo hizo acreedor a la gratitud peruana, otorgándole, en primer término, el título de Gran Mariscal. En seguida, cuando salió desterrado de Chile, le facilitó los medios de vida al obsequiarle las haciendas de Montalván y Cui-ba. No parece que esos capítulos tuvieron resonancia en el Perú, acaso por la distancia en que se publicó la obra. No sabemos con qué criterio o juicio fué allí recibido.

El historiador había debatido en la prensa, en el mejor diario limeño, en *El Comercio*, uno de los episodios más apasionantes de la historia postrera de la Expedición. Sus proyecciones políticas determinaron una lucha de competencia de autoridad, primero, acerca del mando supremo de la flota, y el reconocimiento de la soberanía chilena por San Martín, después, sobre el Ejército Libertador. Fué la lucha entre el Protector y el Almirante. Nació de ella la rivalidad entre los dos caudillos.

Vicuña Mackenna se había propuesto comentar las *Memorias* del Lord y expurgarlas de los errores de juicio y de apreciaciones sobre San Martín. Comenzó a escribir una serie de artículos en su defensa, que bien poco probaron. La lógica no era en el escritor la mejor arma de su inteligencia. Luego se extraviaba y perdía

lo esencial de la demostración, para tomar asuntos ajenos, a los cuales daba más importancia que a los sustantivos de la discusión. Ampliaba el debate. Lo sacaba del tema. Así, San Martín y Lord Cochrane, fueron, poco a poco, diluyéndose en los artículos, y el tema se orientó a otra cuestión.

Como había trabajado en conciencia en la génesis del movimiento revolucionario peruano, consultado a los actores de los sucesos que aún vivían, y leído los escritos de una extensa bibliografía polémica, introdujo en la narrativa lo que debió ser el principio de los artículos, o sea, el cuadro general de los hechos, de las ideas y de los motivos, que generaron la rebelión de las almas. Estos estudios los reunió después en un libro. Su título: *La Revolución de la Independencia del Perú desde 1809 a 1819. (Introducción histórica que comenzó a publicarse en "El Comercio" de Lima, en forma de artículos críticos con el título de "Lord Cochrane y San Martín")*. Sumaban doscientas y tantas páginas.

Aunque desordenado en el plan por la circunstancia anotada, la fundamentación de la obra era vigorosa en la información de antecedentes documentales, en recuerdos tradicionales, confirmados en la explotación de la crónica local. El autor la había extraído de todo ese mundo vivo, casi siempre perdido para la historia, que es el dominante en un ambiente de inquietudes, en los momentos que preceden a los

sucesos de magnitud. En confirmación de ellos había verificado los datos en memorias inéditas de que ni se tenía noticias. Los precursores del ideal de la independencia peruana que trabajaron por ella en la propia España, quedaron revelados por primera vez. Todavía el libro es una autoridad en la historiografía peruana.

Para la explicación del espíritu de Vicuña Mackenna como escritor e historiador, esta obra es un hito en su carrera. Nos resume sus métodos de trabajo, la forma documentada de sus escritos, las calidades y defectos de su estilo y de sus concepciones históricas. Había llegado en el momento de escribirla a la madurez intelectual, y todo lo que ahora se descubre en su labor, será la que posteriormente la configure, manteniéndose los rasgos de la de su juventud. En más de un cuarto de siglo, ella se desarrollará con una persistencia abrumadora, que no parece la de un solo hombre. Sin fatiga, cada vez más entusiasta, con más idealismo, no obstante las penas, los desengaños y las ilusiones tantas veces rotas en el duro batallar. Hasta que se derrumbe, en 1886, como algo gigantesco, tendrá la pluma en una mano y los papeles en la otra.

Sobrehumana tarea. La llenó una fecundidad prodigiosa, una acción sin límites de que no hay ejemplo en su siglo, en el cultivo de la historia, en el periodismo, en la política y en la vida cívica americana. Los caracteres de la empresa colosal, quedaron fijados a los treinta años. Por eso,

sin destacarlos, como lo hemos hecho en las páginas anteriores, no se comprende la posición del historiador, que tan difícil resulta para el crítico separarlo del vórtice en que fundió los esfuerzos titánicos de su genio.

Desde este momento, es exclusivamente la obra histórica la que debemos estudiar.

Apenas puso los pies en las playas de la patria, a la que llegaba el desterrado burlando las pesquisas de la autoridad a la que restábanle sólo meses de ejercicio, porque su mandato fenecía en septiembre de 1861, entró en escena arrastrado a un juicio de imprenta. 1861 . . . Cumplidos los treinta años.

En *El Mercurio* de Valparaíso, como se recordará, a modo de folletín había publicado los capítulos del *Ostracismo de O'Higgins*. No obstante la sinceridad con que los había escrito y la fidelidad histórica con que creía haber fundamentado los hechos, las afecciones y la imaginación lo habían traicionado. Enamorado de su héroe, O'Higgins aparecía excusado de errores graves y de actos condenables. La firmeza del carácter no había sido una de sus principales virtudes. Fácil para dejarse dominar por hombres que estimaba mejor dotados que él, ya en las opiniones sobre la Revolución, como en el caso de Mackenna; ya en el desinterés del mando como ocurrió con Carrera; ya en las operaciones militares en que cedió a San Martín; ya, en fin, en los asuntos políticos y administrativos en que se entregó a Rodríguez Al-

dea, Vicuña Mackenna intentó vindicarlo de estas bien humanas debilidades. Los documentos exhibidos en la justificación, eran no pocas veces contrarios al efecto que deseó obtener. Si una mente menos febril y entusiasta que la suya los leía con serenidad, las conclusiones no eran tan claras como lo pretendía el historiador. Los gravísimos errores de la segunda etapa de la administración de O'Higgins, a partir de 1820, los cargó íntegramente al Ministro de Hacienda José Antonio Rodríguez Aldea.

La excusa era peor. Dejaba a O'Higgins como irresponsable. La voluntad del mandatario la supeditó el Ministro. Pero al historiador no le bastó dejar allí las cosas. Le tentó el retrato del Ministro. Siempre el retrato histórico le cautivó. El hombre, por lo demás, daba amplia tela para la pintura. Del uso de los colores y de la calidad de los pinceles para distribuir las luces y las sombras, dependería la exactitud de la fisonomía. Pero Vicuña Mackenna sintió la necesidad de presentar al Ministro en forma antipática y odiosa. Lo trajo "al escenario del tribunal de la historia para la vindicta moral, social y política" y "el sacerdote de la historia" se constituyó en juez pesquisador desde sus más lejanos antecedentes de hombre público. Eran tremendos los cargos que le hizo.

En Lima, había comprado la toga de Oidor. Allí, negociado el cargo de Auditor de Guerra. Chileno de nacimiento, chi-

llanejo como O'Higgins, fué contrario a la causa de la patria en su lucha por la Independencia. En el Tratado de Lircay, se valió de la intriga para contrariar los intereses de la Revolución y procedido deslealmente con sus jefes, los militares españoles. En la Reconquista, como Oidor de la Real Audiencia, habría delatado a sus compatriotas, y prevaricado con la justicia. Halagó pasiones patrióticas que nunca sintió de verdad para escalar una situación pública. Lo culpó como el delator de la conspiración de 1820. El precio fué el Ministerio de Hacienda. En él negoció. Traficó con el valor de los tabacos. Entró en obscuras especulaciones con Arcos e indujo a la hermana de O'Higgins a participar y a ejercer su influencia en operaciones y peculados que gravaron, por una parte, y, por otra, estafaron los dineros fiscales. ¿Había más? Mucho más en su conducta descarada. A un primo suyo, realista, secuaz de las hordas de bandoleros de Benavides, incendiario de pueblos sureños, degollador de soldados patriotas, lo había hecho miembro de la Gran Convención. Del ánimo del Director Supremo hizo tal presa, que su correspondencia personal la redactaba el Ministro. Persuadió al gobernante a intervenir desvergonzadamente en las elecciones de los convencionales. Desfiguró con sus argucias legales el objeto de la asamblea. Intrigó para prolongar el mando del Director. La Constitución de 1822, fué hecha a su amaño y escrita por él. Había sido una burla. Una sola virtud

reconocíale al Ministro: la lealtad sin vacilaciones para con O'Higgins.

Este era el retrato. Cuando apareció en la prensa, impresionó. No era el más feliz de los tantos y tantos retratos que había trazado brillantemente su pluma. Pero el desenfado en la acusación, la acumulación de cargos sin comprobación y la violencia de la censura, produjeron estupor. Hubo una familia que se sintió ultrajada y que vió la memoria del padre vilipendiada. La de Rodríguez Aldea era pobre y ocupaba una situación social distinguida. El hijo mayor, Francisco de Paula, acusó al historiador por injurias y calumnias. Pero la historia no era ajusticiable por sus opiniones, decía la ley de imprenta. Mas, para los cargos hechos a la probidad de una honra, el derecho establecía pruebas.

El juicio de imprenta a que fué arrastrado Vicuña fué corto, lleno de incidencias. Alegó su causa defendiendo el "sacerdocio de la historia" y el derecho de sanción para los prevaricadores y malvados. Llegó al estrado con los documentos acusadores. Los leyó y conmovió a los jurados. Fué absuelto. ¿Merecía la absolución? No se podrá hacer luz jamás sobre el valor de las pruebas acusatorias con que deshizo las imputaciones de calumniador con que lo señaló el hijo de Rodríguez. ¿Por qué? El historiador se sintió acongojado con el sufrimiento de la familia de Rodríguez Aldea. La vió moralmente deshecha y deprimida en su honor hasta el martirio.

El sabía sentir esos dolores. Era magnánimo, y "el sacerdote de la historia" había quedado incólume. Su condición de hombre era secundaria. Un día decidió entregar los documentos acusadores al hijo para que hiciera de ellos lo que le dictase su antojo. Desde entonces, la historia los perdió. Permitió, además, que se escribiera la biografía del Ministro, contradiciéndole. El sentimiento, el mandato del corazón, la generosidad del alma, le impusieron esa conducta. La vindicación de Rodríguez Aldea la ha impuesto después la historia. Barros Arana contribuyó a ella.

Polemizó después con el guatemalteco Antonio José de Irisarri, su pariente. En los expedientes de la polémica, era un maestro el amigo de su abuelo el General Mackenna. En los recursos de la lógica, infinitamente superior. No lo venció el cáustico escritor. Lo golpeó, ridiculizándolo. Los juicios adversos que produjo el *Ostracismo de O'Higgins*, no afectaron en nada a la calidad misma de la obra histórica. Había errores y sin duda opiniones mal fundadas. En dos semanas el autor lo había redactado en el extranjero, sin los materiales que en su país existían. Era un esfuerzo de memoria el que había hecho. Los documentos daban al libro su valor y eran éstos los que lo defendían. Vicuña Mackenna los había entregado sin reservas. Es que era así la honradez de su carácter. Al dar a luz la vida de O'Higgins, documentándola prolijamente, la historiografía nacional y americana ganó un

libro notable. Es todo lo que se puede decir en su elogio, y no es poco.

Más de sesenta son, largamente contados, los títulos de los libros y folletos de la labor histórica de Vicuña Mackenna. Los artículos de diarios y revistas pueden llenar veinte o treinta volúmenes. En esta biblioteca de su propia obra, comparable con la de Medina, en la cantidad, un método hay que buscar para aprehenderla. La clasificación más sencilla es la de incorporar los títulos de esos libros y folletos a las grandes divisiones clásicas de los períodos de la historia nacional: colonia, independencia y república. Sin embargo, a veces los temas recorren los tres períodos y suelen alcanzar hasta la prehistoria, y la clasificación fracasa. Pero es preciso entenderse en alguna forma.

Veamos cómo proceder. Incorporemos los libros del historiador a cada uno de esos períodos. Pero advirtamos que si logramos una clasificación, alteramos la cronología de la obra del escritor.

La colonia la sintió envuelta en el misticismo religioso. La comprendió desbordante de pequeñas inquietudes surgidas de la competencia entre la autoridad civil y la eclesiástica, o bien dentro de cada una de éstas. La vislumbró murmuradora y maldiciente. Sus escándalos sociales eran a veces consecuencia de una sexualidad contenida en fórmulas de hipócritas virtudes. Producíanse por el imperio de rango de familias poderosas. En otras ocasiones, por la falta de una vida interior. En los libros

) 47 (BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSE TORIBIO MEDINA"

del escritor aparece vívida, animada, con una dramaticidad que oscila en un movimiento con caracteres trágicos, o que estalla en una carcajada por su comicidad. Había algo que dominaba el ambiente: las campanas. El escritor encontró en el gran telón de ese ambiente, lo que era capaz de sentir su intuición y el poder evocador de la imaginación, la lejanía. El pasado, a sus ojos, era bello, porque, los hombres, las costumbres y las cosas se patinaban de una suave armonía melancólica que el artista supo recoger y combinar mediante la comparación de lo ido y lo presente. Lo que mediaba en ese espacio de tiempo, era la historia, entrevista en las idealizaciones, sin desnaturalizarlas. El alma penetraba y saboreaba la cadencia de lo desdibujado en lo pretérito. Conocía que ese pretérito había sido peor en sus dolores, grosero en el goce, más duras las penas físicas que hoy y que las condiciones de vida ahora, aun las más ingratas, fueron en el pasado, un infierno. La más muelle existencia careció de las comodidades de hoy. Las almas eran fieras en el sentimiento. Los corazones, muy fuertes, supieron menos de ternuras delicadas. La rudeza del medio así lo imponía. El hombre tenía más resistencia física y era capaz de acciones más corajudas. Lo romántico de su escuela histórica daría lo demás.

Tres defectos hicieron imperfectas las evocaciones: la improvisación con que escribió, es uno; las puerilidades que introdujo en lo grave y severo, es el otro; y el

tono declamatorio que, sin agregar nada a su estilo rico en vibraciones, lleno de colorido, comunicativo e insinuante, lo afea. Quizás habría que añadir un cuarto: la intención política doctrinaria. La escuela política liberal, lo hizo presentar la colonia sometida a la tiranía. Un soplo anti-español corre en las páginas, sordo y rudo. Su tiempo así lo quería dentro de la conformación ideológica de la que fué su escuela. Ese fin político lo evidenció en todos los libros y aún en ocasiones en que a él mismo debió parecerle inadecuada la propaganda. Al activista, al agitador, era imposible pedirle prudencia, medida, proporción.

En el ensayo *Lo que fué la Inquisición en Chile*, que le sirvió para su discurso de incorporación como miembro académico de la Facultad de Filosofía y Humanidades en 1862, mostró sólo una parte de los procedimientos de ese siniestro tribunal, pero suficiente para execrarlo. Contó el proceso y los horrores a que fué sometido el desgraciado Francisco Moyén. La sociedad conservadora y el clero se le fueron encima. Pero el trozo literario suyo quedó. Históricamente, Medina debía completarlo. Todas las mejores dotes del historiador y del escritor, que trabajó sin prevenções políticas, y que se sintió desposeído de las obligaciones del momento, de cualquier género que fueran, las arrojó en dos obras sobre el coloniaje que no han sido superadas. Fueron publicadas en el año de 1869. Cada una en dos volúmenes que

suman en total mil seiscientos seis páginas.

Una es la *Historia de Santiago*; la otra la *Historia de Valparaíso*. ¿Es superior la primera a la segunda? Está más llena de movimiento la de Santiago, hay más conflictos que animan la vida; pero en la otra el juego está en el mar, en los barcos. Ni una ni otra merecen en rigor el título que les dió el autor. La de Santiago era la historia del reino de Chile. La de Valparaíso, la historia del mar Pacífico. Contradicción del historiador: el título redujo, en ambos casos, la amplificación de los temas. Vicuña Mackenna, que se llamó "el más santiaguino de los santiaguinos", hizo la crónica de la capital en sus miles de accidentes. La desarrolló con un conocimiento profundo. El cuadro de la ciudad lo desbordó de lo que era, vinculándolo a los gobernadores de Chile. Desde ese momento, dejó de hacer una historia local para escribir la general de la gobernación y capitanía general. Con mano muy segura trazó, valiéndose de los cronistas, las características de cada gobierno y clasificó la tarea de cada administración. Así presentó una galería de hechos generales de la historia del coloniaje que dan una visión clarísima del período. Por esto, el título exacto de este libro para que él se conjugara con el de su contenido, sería más exactamente: *Historia de Chile a través de la ciudad de Santiago*.

El lector se enamora de la lectura. En cada página hay un dato, un motivo, un

episodio que lo apasiona y que lo incorpora a los tiempos de los sucesos. ¡Cómo evoca! ¡De qué manera reconstituye el pasado! El capítulo último, *La era colonial*, aun con sus cuantas mentirillas que decía Barros Arana, lo consideraba insuperable. A nosotros, nos parece maestro.

En el tema y en el plan, fué gemela la *Historia de Valparaíso*. La llamó crónica política, comercial y pintoresca. Era bien difícil darle rango a una villa que durante el dominio español había sido el miserable puerto de Santiago, asiento de negreros, rada para los buques que traían el deshecho de lo que el comercio había dejado en otros lugares de América. La vivacidad del historiador comprendió que la historia de la ciudad no era lo explotable. Al frente estaba el mar: ése era el tema. Superó el obstáculo al hacer de la ciudad porteña, del puerto, la reunión de todas las expediciones corsarias o filibusteras, comerciales o científicas, navales de estación, o de simple paso, que surcaron las aguas del Pacífico, desde los tiempos del descubrimiento de la bahía por Juan de Saavedra. Una parte de esa lucha a muerte por el predominio comercial del Océano Pacífico del Sur entre España, Inglaterra y Holanda, está escrita aquí. España sin escuadra y con heroicos marinos, siempre derrotada. Inglaterra con la suya y sus expertos nautas, imponiéndose a lo que era la sombra de un poderío naval. Lo que realmente escribió Vicuña Mackenna fué la *Historia del Mar Pacífico del Sur*.

El libro contiene una información admirable. El conocimiento de la literatura de viajeros es completa. La narración es de un vigor apasionante. El escritor aprovechó los resultados de sus investigaciones en el Museo Británico, durante la estancia de 1859, y las arrojó en las páginas. Un complemento de la obra puede considerarse otra publicada por Vicuña Mackenna trece años después, si bien no fué ése su propósito. Es *Juan Fernández. Historia verdadera de la isla de Robinson Crusoe*, publicado en 1883. Muy prolijamente investigada en la parte colonial, aunque también abraza los períodos de la independencia y de la república, llena de las más sugestivas revelaciones, es la prolongación de la historia del Mar Pacífico del Sur.

La existencia de las solitarias y misteriosas islas, descubiertas por el marino que le dió su nombre —llevado al tribunal de la Inquisición por su intuición científica—, tenían una historia. Las aventuras ocurridas en el peñón, asiento también de corsarios y filibusteros, embellecido por el relato de Alejandro Selkirk, que dió origen a uno de los libros de aventuras más leídos de la literatura inglesa y en todas las lenguas del mundo, las contó Vicuña Mackenna con un estilo ágil, en que la imaginación parecía haberse separado de la verdad. Sin embargo, en ese libro nada había que no fuera exacto, o que no estuviera documentado. En parte, el relato era una prolongación, como hemos dicho, de la

Historia de Valparaíso, en lo que Juan Fernández tuvo de *Historia del Mar Pacífico Sur*, si se considera que a veces de Valparaíso fueron a las islas las expediciones corsarias y de las islas, en otras ocasiones, enfrentaron proa al puerto. Juan Fernández, si era el postrer capítulo de la historia porteña, era el último de la historia del Pacífico colonial.

De 1869 son las historias de Santiago y de Valparaíso. En 1870 el historiador volvió a convertirse en viajero. En enero, dejaba las maletas en París, y en abril las depositaba en Londres. ¿Pensaba realizar las últimas investigaciones históricas para escribir la *Historia de Chile* que fué su sueño? Como Barros Arana, había acariado esta idea desde su más temprana juventud, la que nunca vería realizada. Los afanes de la política, las absorbentes labores periodísticas y los libros que la oportunidad del momento le iban reclamando a su ardiente imaginación y a su fecunda pluma, acabaron nublando para siempre el ideal.

Cuando el 9 de mayo de 1870 se instaló en el Museo Británico, los motivos coloniales fueron los de las indagaciones. En ese establecimiento —“el que más me ha maravillado en Londres durante los últimos dieciocho años en que he sido su huésped”— encontró que, “respecto de los manuscritos relativos a la América Española, no poseía cosa de importancia”. Sin perder tiempo, después de esta apreciación comprobada por la experiencia, voló a Es-

paña. En octubre, se encontraba en Madrid. Allí permaneció brevemente. Y en noviembre, al fin, se detenía en Sevilla, destino de su viaje de investigador y de erudito. Se hospedó en la Fonda de las Serpes, para dedicarse en el Archivo de las Indias a una rebusca metódica de los papeles de la historia de Chile. Un mes fué el prisionero del Archivo, cuyo edificio concebido por Felipe II y construído por el arquitecto el divino Herrera, para que sirviera de asiento —Casa Lonja— a las transacciones comerciales con América. Carlos III lo convirtió en 1781, en depósito de los papeles de las Indias. Con un entusiasmo febril, sin descanso, sin perder un momento, trabajó —él sabía hacerlo— en revisar toda la documentación colonial chilena y ordenó copiarla, pagándola de su bolsillo.

Vicuña Mackenna era pobre. En 1861, para saldar las deudas del segundo destierro, desgarrándose el corazón, se vió obligado a vender la riquísima biblioteca americana, compuesta de tres mil volúmenes, que con harto sacrificio había acumulado en sus andanzas por el "ancho mundo". Ahora vivía de su pluma y era como él se llamó un jornalero de ella. Revisó seiscientos noventa y nueve legajos. "En su conjunto —escribió— el pequeño reino de Chile, el más desdeñado de la metrópoli, puesto que era el más apartado y el más pobre, está honrosamente representado por quinientos cuarenta y seis cuerpos, cuya copia cabal exigiría probablemente mil

resmas de papel, o sea, hablando el idioma de Archivos, "la carga de cien camellos", como los famosos de Alejandría". Cincuenta volúmenes con cuatrocientos dieciocho documentos fueron el fruto de la cosecha. Abarcaban desde Almagro hasta Ambrosio O'Higgins, junto con las materias más diversas: navegación, informaciones de méritos y servicios, causas de odores, juicios de residencia, guerra, religión, mineralogía, estadística, etc.

La *Historia de Chile* con que había soñado se encontraba en esos papeles. Eran los cimientos. Pero el arquitecto no habría de darle forma. Llamó a los preciosos papeles "Copias de Indias" y los guardó en su biblioteca, lujosamente encuadernados. Los aprovecharían Barros Arana para la *Historia General* y beberían en ellos, en sus días, cediéndolos sin regaños, otros historiadores, Amunátegui, Crescente Errázuriz y José Toribio Medina. Otra adquisición valiosísima consiguió. Desde el primer viaje a España, había perseguido con tesón el manuscrito de la *Historia de Chile, Flandes Indiano*, del jesuita del siglo XVII, Diego de Rosales. Al Gobierno y a la Universidad de Chile les solicitó apoyo para adquirirlo. Las tentativas fracasaron. Ahora lo traía en su maleta. Lo dió a luz en 1877, en tres grandes volúmenes, con notas y una biografía del historiador colonial. Era una pieza fundamental con la que enriquecía la historiografía, al mismo tiempo que la hacía avanzar con el relato del cronista. Una porción considera-

ble del siglo XVII quedaba descubierta en varios aspectos. Las costumbres y la organización de los araucanos, eran presentados por el cronista, que había sido insigne misionero, con un conocimiento directo, personal. Buen observador y dueño del idioma araucano, no tuvo interés en desfigurarlas en beneficio del espíritu religioso y las reflejó como las vió. Las guerras de ese pueblo en sus móviles fueron consideradas con criterio recto, sin arrebatos místicos. Se daban datos preciosos sobre el gobierno colonial y sobre los mandatarios que ejercieron el gobierno. La crónica alcanzaba hasta 1674.

El bagaje histórico de Vicuña Mackenna en lo relativo a la Colonia, se asentó en un conocimiento muy fuerte y muy sólido con estas fuentes documentales. Los cronistas dejaron de ser la única sustentación de sus estudios futuros. El pasado estaba intacto en ellos. Relataron lo que oyeron y lo que vieron, con ingenuidad y candor. Desaliñados casi siempre, a veces, cuando no lo son, se convirtieron en maestros del idioma, en clásicos de la lengua, y del arte de exponer y de contar. Es el caso de Ovalle, Tesillo, González Nájera, Bascuñán y fray Juan de Jesús María. El amor a la tierra, les puso la pluma entre las manos, y es por eso que son, sin quererlo, evocadores. Pero como historias de hechos, las crónicas estaban llenas de errores. Los nuevos documentos obtenidos por Vicuña Mackenna, combinados con los relatos de los cronistas, en lo que éstos

tienen de sabor local, fué lo que dió a los libros de esta época de Vicuña Mackenna una verdadera originalidad.

La serie de estos estudios, la abrió en 1876, con el ensayo *Lautaro y sus tres campañas sobre Santiago, 1553-1557*. Cuidó señalar que el estudio biográfico estaba escrito según nuevos documentos. Eran los que había arrancado al Archivo de Indias. Amena biografía de un bárbaro que puso en peligro la colonización con el genio innato de su arte militar, de organizador de ejércitos, de estrategia y táctico, Vicuña Mackenna reseñó un período lleno de angustiosas vicisitudes y de heroico padecer de los españoles, hasta la muerte de Lautaro a manos de los conquistadores. La porfiada resistencia del caudillo araucano para salvar la independencia de su Estado, lo transfiguró el mismo día del sacrificio en un mártir de la libertad. Su nombre en América fué un símbolo. Las sociedades secretas americanas que se organizaron para trabajar por la emancipación tomaron el nombre del bárbaro. "Lautaro" se llamó la sociedad que fundó Miranda, en Londres. "Lautaro", la que funcionó en Cádiz, y "Logia Lautarina", la que esparció el cauteloso San Martín en Buenos Aires, Chile y Perú.

En el *Lautaro* había narrado Vicuña Mackenna un episodio principalmente militar. Tuvo consecuencias de trascendencia social y económica con las destrucciones que las huestes araucanas, comandadas por el soldado aborigen, hicieron de las ciu-

dades sureñas, —simples campamentos— al desplazar los pequeños núcleos de la población española. El historiador apuntó al correr de la pluma el hecho. Antes lo había recogido en la *Historia de Santiago*, sin penetrarlo todavía. En todo caso, demostraba la preocupación por lo social. Un testimonio de lo íntimamente que había llegado a conocer la formación social de la colonia en el siglo XVII, nos proporciona el libro en que estudió la influencia decisiva de una poderosa familia. Es de 1877. Lo intituló *Los Lisperguer y la Quintrala (Doña Catalina de los Ríos) Episodio histórico y social, con numerosos documentos inéditos*. Los tres fenómenos característicos de ese siglo en la vida social, por lo menos en dos de ellos, fueron diseñados con cierto relieve, no tanto como en Amunátegui en *El Temblor de mayo de 1647*. Pintó bien, con fuerte colorido, la corrupción general de la sociedad en el momento en que bullía como en un crisol. Dibujó con medias tintas el desarrollo y auge de la fortuna privada sin relación ninguna con la pública, paupérrima. Delineó el genio de la sociedad criolla formada por los hijos de los españoles cruzados con el aborigen y de los peninsulares con este último. Los rasgos de los caracteres se perdieron, desgraciadamente, en la pluma de Vicuña Mackenna al acumular los datos sin explicar lo que representaban sociológicamente. En cuanto a la Quintrala, reveló lo que la tradición popular, y aún la señorial, había transmitido de genera-

ción en generación con caracteres diabólicos de maldad y perversidad, como resultantes de un proceso de la degeneración de los factores de la herencia con el cruce de español y de aborigen y de criollo y alemán. El caso clínico de esa pobre mujer, una enferma abrasada por la satiriasis y el masoquismo, no lo comprendió. Contó los casos de las depravaciones que había cometido. Fueron cuarenta sus asesinatos. Amunátegui Solar, muchos años más tarde, publicaría el informe del Oidor Huerta Gutiérrez, de la misma época de la Quintrala, en el que la señaló como una enferma. Vicuña Mackenna sólo vió lo pintoresco del escándalo social de la existencia de la Quintrala. Era lo que realmente le interesaba. La crónica, la conseja, la murmuración sombría de lo que de la mujer se decía, le pareció más valioso que penetrar en el fondo de lo que Catalina de los Ríos representó en un momento culminante de la vida del siglo XVII. La genealogía de la familia Lisperguer y sus entronques con otras, demasiada extensa y fatigosa, es un estudio interesante como filiación de una larga estirpe, que prácticamente dominó la vida chilena durante más de un siglo. Fué tal la frondosidad de ella, que el Obispo Salcedo dijo: "en Chile, el que no es Lisperguer es mulato".

Es probable que la investigación de ese hecho social de la familia Lisperguer, entre los cuales hubo verdaderos casos patológicos, lo llevará a descubrir y dar a conocer lo que había sido la medicina co-

lonial. La medicina y los médicos en más de una ocasión en el curso de este estudio, debieron salir al encuentro del historiador. Pero, al mismo tiempo, para estimular a la Junta de Beneficencia de Santiago en sus trabajos, dió a los moldes ese año también de 1877, un librito muy simpático y ameno. El título que le dió, evita explicarlo. Lo llamó *Los Médicos de Antaño, La ciencia, la caridad, la beneficencia, la higiene, los hospitales, los asilos, las maravillas y las barbaridades de nuestros mayores en materia de médicos y de medicina*. La narración del autor hacía fácil y alegre la lectura, y los documentos, bien o mal aprovechados, pusieron en manos de otros investigadores, piezas importantes. El contenido social del libro, con algunos errores, nacidos de la precipitación al redactarlo, era muy valioso y alumbraba, por primera vez, un ángulo de la vida colonial perfectamente desconocido. Los trabajos de Muñoz Olano, Pedro Lautaro Ferrer, Ernesto Greve, y sobre todo, de Enrique Laval, han desautorizado la obrita, que alcanzó en la narrativa hasta mucho después de publicada en 1877, el valor de fuente única de información.

Sisifo no se cansaba. Escribir sin jornadas de alivio era su destino. Aún no se secaba la tinta del libro recién salido de las prensas, cuando lanzaba otro en el mismo año. Lo intituló *Ensayo histórico sobre el clima de Chile. (Desde los tiempos prehistóricos hasta el gran temporal de julio de 1877)*. Los datos aquí consignados, extraí-

dos de los cronistas y de toda clase de documentos, especialmente de los que había conseguido en el Archivo de Indias, forman, aún en nuestros días, un arsenal valioso de datos para la climatología. Sin embargo, ellos tocan principalmente al desarrollo de la agricultura, a los cultivos en determinadas zonas climáticas, al progreso de los canales de regadío, a los puentes y caminos, a las obras de embalse, a la acción moderadora de los bosques sobre las temperaturas y a los efectos de su destrucción. Científicamente el libro era débil. Los datos, preciosos. "Nos limitamos a registrar los hechos —dijo—, a compulsar las fechas, a medir la intensidad de los períodos históricos de sequías y humedades, a explicar sus causas como las comprendían los antiguos y como las entienden y explican los agrónomos y los sabios de la presente época; a hacer, en una palabra, la historia del clima del país con la mayor abundancia de comprobaciones inéditas y auténticas que nos ha sido posible acopiar". Y añadía como conclusión: "Un sabio habría podido dar, sin duda alguna, a sus lectores un grueso volumen a dos columnas, de observaciones barométricas, tan laboriosas como son, por lo general, ininteligibles al común de los que consultan los fenómenos del tiempo y las leyes reguladoras de la naturaleza".

Eran también valiosas las informaciones que recogió en las *Relaciones Históricas*, en dos volúmenes, con las que completó, en 1877, los estudios coloniales que había

dispersado en diarios y revistas. Todos son apasionantes y novedosos, originales y escritos con extraordinaria amenidad. Hay que mencionarlos para completar la obra del historiador en la parte colonial: *El origen del nombre Chile*; *Pedro de Valdivia: reseña popular de su vida*; *La última campaña de Pedro de Valdivia y su muerte*; *La Cañada de Santiago: reseña histórica (1541-1820)*; *Cosas de Chile*; *La ciudad encantada de los Césares*; y *La conjuración de Pedro Sancho de la Hoz*.

Concluyó el año de 1877, con cuatro libros. Había redactado mil cuatrocientas cincuenta y ocho páginas. ¿Cuántas eran las que había tirado a la prensa, en artículos de tres y cuatro columnas? En 1878, daba término al ciclo de los estudios coloniales con la publicación de la segunda serie de las *Relaciones Históricas*, en la que incorporó *Los Hogares y las calles de Santiago*, crónica de las casas patricias; el *Barrio de los Presidentes*, la calle de las Monjitas que por una coincidencia albergó a los mandatarios supremos y *La conspiración del tabaco en Santiago*, en 1766, rebelión de protesta contra un impuesto. Tres años más tarde volvía otra vez a sus antiguos temas, con libros que, al mismo tiempo que tienen por propósito alentar el progreso industrial del país, a fin de mejorar las técnicas de las explotaciones, y divulgar las últimas conquistas de la ciencia, presentaban la historia de los minerales de Chile. Pero ya las fuerzas del historiador acusaban las primeras manifes-

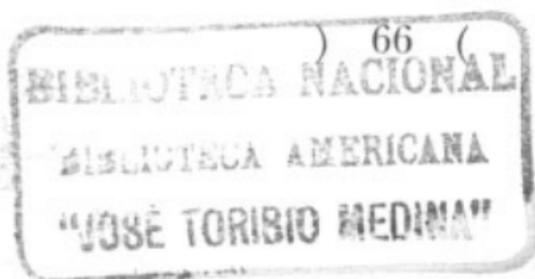
taciones del cansancio. La fatiga asomó entonces. Con estas obras ciérrase el ciclo de los estudios históricos coloniales de Vicuña Mackenna. Ellos aunque también integran parte de otros períodos de la historia, no es posible excusarlos aquí. Son tres libros que se hermanan por el asunto y que los hacen curiosísimos. Uno de ellos es de 1881. El título es larguísimo: *La edad del oro en Chile, o sea, una demostración histórica de la maravillosa abundancia del oro que ha existido en el país, con una reseña de los grandes descubrimientos argentíferos que lo han enriquecido, principalmente en el presente siglo y algunas recientes excursiones a las regiones auríferas de Catapilco y quebradas de Alvarado y Malcara.* El otro es de 1882, *El libro de la plata.* Y el tercero, corresponde a 1883, *El libro del cobre y del carbón de piedra en Chile.* En las mil ochocientas diecisiete páginas que suman las tres obras, narró Vicuña Mackenna la historia de la minería en Chile hasta su tiempo. Estos libros no han sido superados hasta hoy, y los que han intentado suplirlos han partido de los suyos, tomándolos como base indispensable, ineludible:

Sin conocer las palabras del historiador sobre la Era de la Revolución de la Independencia, es imposible formar idea de los elementos de que se valió para escribirla. En 1866 había dicho: "Nacido cuando comenzaban a morir uno en pos de otro (1831) los grandes soldados y los más ilustres pensadores de la Revolución, fué el

culto de mi niñez acercarme a esos seres venerables e interrogar su memoria sobre los acontecimientos de que fueron testigos o actores; y como tuviera la advertencia de poner por escrito sus relatos a medida que los escuchaba, he encontrado que en el curso de veinte años he hecho un abundante acopio de esta prueba oral, pero respetabilísima de nuestro pasado". Llamó "sueño de oro" la de escribir algún día la historia de la Revolución de su patria. Nadie parecía mejor indicado para hacerla. El hogar, como hemos visto, se encontraba lleno de tradiciones, las que había recogido con celo religioso. El culto de los héroes también lo llamaba a la empresa. "Sentía un amor entusiasta por la memoria de sus ínclitos autores". Tenía por esos hombres "una afición innata, pero ardiente, una admiración profunda por sus grandes hechos". Por "el pensamiento de aquellas generaciones, dignas de impercedero recuerdo", una veneración sin límites. El verbo de la magnificación lo pondría el historiador. A los veinticinco años, en 1856, había dado pruebas de lo que era capaz con la *Vida del General Juan Mackenna*, su antepasado. Al año siguiente, en 1857, con el *Ostracismo de los Carreras*. Después, con la *Historia de la Revolución del Perú* y el estudio breve, de circunstancias, sobre el estadista limeño, Hipólito Unanue. En el *Ostracismo de O'Higgins* había trazado en 1861, el cuadro vivo del fundador de la nacionalidad chilena. Sabemos cuáles son los méritos y los

defectos de este estudio. Con los libros que siguen vamos a asistir a la glorificación de los próceres civiles y militares. Los últimos le cautivan más. Quizás porque los destellos de la fama son más vivos y se conforman mejor con el alma vibrante del activista. Habla y escribe para una raza de titanes, como dijo uno de sus críticos. Cinceló con su palabra de bronce las efigies y las estatuas de Carrera, O'Higgins, Rodríguez y Mackenna. Todas las figuras de la independencia quiso esculpir las. En 1861 había dado los pasos para erigirle realmente a San Martín un monumento. En 1863, después de mucho bregar, su empeño estaba cumplido y se inauguraba la del héroe, el 5 de abril. Los carrerinos la salpicaron de sangre. Así apareció al día siguiente de la inauguración. La hermana de los Carreras, la altiva doña Javiera, que consumía el dolor del drama en una amarga vejez, era la autora de la protesta. Vicuña Mackenna hizo nada la profanación. A los cuatro vientos, horas antes, había inundado el mundo americano con un libro sobre el glorioso soldado. Era de verdadero mérito histórico. Además, como en el caso de O'Higgins, el suyo era la primera vida de San Martín seriamente escrita en América. Ya hemos dicho que en su patria no había sido comprendido. *El General don José de San Martín considerado según documentos enteramente inéditos, con motivo de la inauguración de su estatua el 5 de abril de 1863*, fué escrito sobre el res-

paldo de los papeles de los hombres más notables de la Revolución. En primer término, con los del propio archivo San Martín, con aquellos que en las manos del historiador puso el hijo político del héroe, Mariano Balcarce sin reservas. En segundo lugar, en los documentos del archivo de O'Higgins. La abundante correspondencia de ambos, intercambiada en los momentos más azarosos de la Revolución, constituía una conversación diaria, de un significado imponderable. Los archivos de los Carerras y de Mackenna completaban los materiales sobre los cuales había reconstituido la vida del Libertador. Vicuña Mackenna, está de más decirlo, conociendo su credo de admiración por los héroes, lo engrandeció sin desfigurar la verdadera imagen. Tanto ello es así, que no le fué dado paliar lo que fué el carácter de San Martín, cauteloso, frío, reservado, enigmático, sin decisión y desgraciadamente, desleal en el caso de Chile. Lo que en la evocación de San Martín sobresalía muy nítidamente, eran las aptitudes del soldado, un buen organizador de tropas, diestro conductor de ejércitos y magnífico General de Estado Mayor. Vicuña Mackenna lo supuso un genio de la guerra. Lo idealizó como un militar de iniciativas audaces, iguales a las de Bolívar. Estas aptitudes, que sólo estuvieron en la mente del biógrafo, no lograron convencer. La insistencia de la leyenda y del mito, la han difundido después como un axioma en que la más sana crítica no ha podido vencer el



patrioterismo. Fué exacto también el escritor, al destacarlo como un hombre desposeído del interés de mando político, a diferencia de Bolívar, que lo amaba con pasión. La distancia que siempre mantuvo instintivamente a las parcialidades y al caudillismo, a pesar de haber sido hombre de círculos secretos y de logias obscuras, lo excepcionan notablemente del militarismo americano, y ello lo hace formar parte del soldado con una recta conciencia civil. Como Sucre, por ejemplo; como Freire y Pinto en Chile. El mismo nombre O'Higgins integra el número de estos rarísimos soldados.

O'Higgins comenzó a preocuparle nuevamente al año siguiente, 1864, en su afán inextinguible de hacer justicia. La publicación del *Ostracismo*, si había significado la rehabilitación histórica del desterrado de Montalván, era preciso, a su juicio, que se encarnara en el alma popular. Era el pueblo el que le debía gratitud; la sociedad, sus eminentes servicios; el gobierno, como símbolo de la patria, la consagración cívica. Vicuña Mackenna era entonces Diputado por La Ligua. Encontró allí la tribuna resonante que necesitaba para hacer oír sus sentimientos patrióticos. A la consideración del Congreso Nacional elevó una moción que contenía un proyecto de ley para trasladar a la patria los restos de aquel hombre ilustre, y erigirle un monumento a su memoria. El activista incansable, sabía hacer las cosas y atraer las opiniones. Para ablandar el terreno, dió a la

estampa el folleto *Los últimos días del Capitán Don Bernardo O'Higgins*. Contaba la existencia del soldado desde que dió por terminada su vida política con la abdicación del mando supremo en 1823, hasta su muerte en 1842. Diecinueve años fueron los que debió narrar de la existencia de O'Higgins. El biógrafo prefirió sintetizar la vida del desterrado en cuadros que la presentaban en sus mejores aspectos. O'Higgins había cerrado su existencia pública en 1839, cuando las armas chilenas derrotaron la Confederación Perú-Boliviana en los campos de Yungay y abatieron para siempre el poder del autor de aquella empresa, el General Santa Cruz. Nunca comprendió el antiguo Director Supremo de Chile el peligro que la Confederación significaba para la independencia de su patria. Se sentía más ciudadano de América que de Chile. Fué contrario a la política de Portales y condenó con energía los propósitos del Gobierno chileno de acabar con la Confederación. Apoyó a Santa Cruz y fué, a veces, su consejero. El historiador guardó silencio acerca de esta conducta de O'Higgins. Sólo reveló cómo se había complacido con el triunfo chileno en Yungay, y llorando al abrazar al vencedor de la contienda, el General Manuel Bulnes, soldado que había servido a sus órdenes en las campañas de la independencia después de Chacabuco. Ese mismo año de 1839, O'Higgins sufrió un quebranto moral que dura-

mente lo impresionó. Fué la muerte de su madre, a quien amaba con delicada ternura. Este golpe lo recluyó definitivamente. El corazón estaba ya también lesionado.

Recordaba después Vicuña Mackenna la existencia de O'Higgins en la hacienda de Montalván. Siempre quiso ser un agricultor. Al desterrarse de Chile en 1823, pensó radicarse en el campo irlandés para cultivar la tierra. En Montalván, con su madre y hermana, llevó una existencia de trabajo muy sacrificada por la cortedad de medios. En recuerdo de la tierra lejana, los potreros del campo fueron bautizados con los nombres gloriosos de Chacabuco, Maipo, El Roble. En las tardes, escribía los proyectos en que lucubraban sus sueños para el progreso de Chile. Los ponía en manos de los jefes navales ingleses de estación en el Pacífico, que pasaban por Lima, con los cuales se entendía en un perfecto inglés. Inmigración irlandesa; fomento del ganado lanar, incorporación de Magallanes al territorio nacional y colonización urgente de él; formación de cooperativas agrícolas, eran los proyectos que daba a esos jefes para que los pusieran en manos del gobierno de Chile. Otras veces, exponía sus ideas sobre la reunión de un Congreso Americano, las bases de los tratados comerciales aduaneros, la conveniencia de intensificar la educación del pueblo. Pero los años iban cayendo sobre el proscrito. Vió desaparecer el ser más querido de su vida: doña Isabel Riquelme, ese mismo año 1839. La tristeza le inundó y comenzó

a perder la salud. La aneurisma al corazón disminuyó sus fuerzas. Cuando creyó que podía embarcarse para la patria, la enfermedad arreció. Había mandado hacer el uniforme correspondiente a su rango de Capitán General para presentarse en Chile y tomado ya los pasajes. Hasta escribió el discurso que pensaba dirigirle al pueblo, del cual era el padre. Esperaba en el Callao el vapor, cuando el corazón estalló en un golpe de gravedad extrema. Fué a Lima a convalecer. Días de sufrimiento. Una mañana, le abandonó el ánimo, balbuceando ¡Magallanes! Lo envolvieron en una mortaja del hábito franciscano. El guerrero, el estadista, sin expresión de dolor, quedó en el rostro con una suave sonrisa de perdón. Pero ya la gloria había comenzado para él. Estos recuerdos, estrictamente ciertos, recogidos por el autor en Montalván, dejaban en el lector el ánimo de la tremenda ingratitud de que había sido víctima el patriota. Una nueva generación entendía y comprendía ahora de diversa manera a los actores del gran drama de la Revolución. Buscaba hacer justicia y el primer abanderado de esa justicia póstuma era Vicuña Mackenna.

En 1868, abordó un tema histórico lleno de dramaticidad. Las escenas que describió, debido a la repetición tan continua, concluyen, sin embargo, cansando al lector. La obra fué escrita en cumplimiento de un mandato universitario. El Rector de la Universidad de Chile lo invitó a componer la memoria histórica que exigía el es-

tatuto de la corporación al enterarse cada año el día del aniversario nacional. Las memorias históricas universitarias habían ido llenando varios períodos de la historia nacional en un orden sucesivo de acontecimientos. Lastarria, había esbozado desde la contemplación filosófica, la influencia del sistema del coloniaje en la organización social. Tocornal, el advenimiento del primer gobierno nacional. Benavente, las acciones guerreras de la Independencia. Barros Arana, el curso de la Revolución desde 1811 hasta 1812 y las campañas de Chiloé para someterlo a la República. Los hermanos Amunátegui, la reconquista española. Sanfuentes, la guerra desde la batalla de Chacabuco hasta la de Maipo. García Reyes, la formación de la primera escuadra nacional, durante el gobierno de O'Higgins.

Faltaba relatar, a la luz de una documentación bien expuesta, con claridad y método, la etapa dura de las campañas del sur desde que, derrotadas las armas realistas en Chacabuco y después en Maipo, los restos de las tropas, con buenos conductores, se habían reorganizado en Concepción. Barros Arana había contado en el *Vicente de Benavides*, en 1850, una etapa de esas campañas, en las cuales al famoso y feroz guerrillero le cupo una actuación, principal y desgraciada, hasta su fusilamiento en 1820. Pero la lucha había seguido en una serie de encuentros con suerte muy varia para las fuerzas de los dos ejércitos. Este fué el tema que se propuso desarrollar el histo-

riador, en un libro de quinientas sesenta y dos páginas. El título ya de por sí era sugestivo y llamaba a la curiosidad: *La guerra a Muerte. Memoria sobre las últimas campañas de la Independencia de Chile. 1819-1824, escrita sobre documentos enteramente inéditos.* El campo en que se desarrolló la guerra fué muy vasto. Comprendía desde la región de Chillán hasta la frontera del alto Bío-Bío. Concepción fué el centro de las operaciones, según la suerte del vencedor. La parte del alto Bío-Bío sirvió de teatro a las más espantosas campañas. El ejército patriota casi desnudo realmente, sin recursos combatía contra un puñado de guerrilleros españoles hábiles, esforzados y crueles. Habían levantado al pueblo araucano, que buscaba el saqueo, el robo, el asesinato y la depredación. Las armas chilenas se mellaron en esos combates. Eran soldados de hierro y sus capitanes de acero. Caían en las emboscadas los jefes y los soldados, bárbaramente laceados, degollados o lanceados. La montaña, el bosque, el río, los accidentes del terreno, todo servía a un enemigo diestro en el conocimiento del vasto y siniestro paraje.

Hay que reconocer que Vicuña Mackenna, apoyado en un material de primer orden, contó esa historia con galanura. Le dió entonación épica y una emotividad anhelante. Narró estremecido el martirio de los héroes que cayeron bajo la cuchilla ignominiosa de las hordas. Sin duda, es éste uno de los buenos libros de Vicuña

Mackenna. Trozos suyos, como el asalto de Tarpellanca, los sacrificios de Alcázar y de O'Carrol, son páginas de antología. También lo son las que describen los paisajes de la naturaleza sureña, los incendios de los pueblos con sus habitantes enloquecidos por el terror, y la peregrinación dantesca de las monjas Trinitarias de Concepción. Pero por las páginas de la obra cruza un soplo de desolación. La angustia y la muerte. La crueldad atroz y salvaje. Los torrentes de la sangre. El historiador escribió una crónica lata y abrumadora en los detalles. Es increíble un poder de narración igual, tan sostenido siempre, tan vivo, tan lleno de emoción. El escritor es parte del drama, y por eso no siente el desfallecimiento. Parece estar atento a la emboscada, listo para el asalto, dispuesto para el combate. El lector concluye exhausto, con una visión enrojecida del vasto escenario, tan pequeño en su significado y tan sin gloria al final. Históricamente, el libro es modelo de veracidad y de construcción. Todos los archivos oficiales, los públicos y privados, estuvieron a su disposición. En el desfile de tantos hombres, de tan innúmeros hechos, de tantos incidentes, los errores descubiertos por la erudición quedan atrás. El telón de fondo que pintó ha quedado incommovible.

Ocho años después de la campaña para conseguir fueran traídas a la patria las cenizas de O'Higgins, con ocasión de la inhumación de ellas en 1872, escribió una ágil biografía popular del hombre ilustre

por encargo del Ministro de la Guerra. La silueta del soldado y del gobernante nada contenía de nuevo para la historia. El valor de ese medallón se encuentra en el poder de la síntesis biográfica de una vida tan complicada. Es una de las poquísimas que salieron de la pluma del escritor, que siempre amplificó. El toque patriótico, tan insistentemente sostenido —es verdad que era su objeto— la hace desmerecer. Sin ese motivo, habría sido perfecta. El ensayo fué publicado como introducción en *La Corona del Héroe, recopilación de datos y documentos para perpetuar la memoria del General don Bernardo O'Higgins, mandada publicar por el Ministro de la Guerra don Francisco Echáurren Huidobro*, rezaba el título. Como siempre que escribía historias, los cimientos de la construcción los exhibió. Esta vez publicó en *La Corona del Héroe*, preciosos documentos, que por sí solos mostraban la fisonomía moral superior del creador de la República.

A partir de este ensayo de 1872, el historiador de la independencia enmudece. Deja de publicar libros y folletos sobre el tema. Los diarios siguen produciendo, sin embargo, lo que el escritor les entrega acerca de los más variados aspectos de ese drama, que nunca dejó de mano. Pero, en 1881, cumpliase el centenario del nacimiento de Andrés Bello y su conmemoración fué un acontecimiento nacional. ¿Fué Bello hombre de las íntimas simpatías de Vicuña Mackenna? Sin duda, lo

admiró y su nombre lo respetaba. Mas, parece que el temperamento del caraqueño no afinó con el suyo, improvisador, rápido, inquieto, vehemente, intuitivo y emocional. Ante el suceso, que en el fondo era el homenaje al creador de la cultura chilena, el escritor entregó su aporte. Fué un libro dedicado a la memoria del humanista, que tocaba directamente a la historia de la revolución venezolana. En la bruma, había quedado el sacerdote audaz que decidió con su palabra la formación del primer gobierno nacional de la antigua Capitanía General de Venezuela, el 19 de abril de 1810. Ese sacerdote era chileno. Toda su vida permanecía ignorada. Vicuña Mackenna la exhumó de los archivos y la lanzó limpia de las telarañas que la cubrían. Más que el polvo sepultador, la propia conducta política del chileno, desafecta a Bolívar desde el Congreso de Cariaco, había arrinconado su imagen. Alma apasionada, en la que el pensamiento revolucionario bullía incontenible, José Cortés y Madariaga, ya en el Chile colonial había disputado con estridencias por canongías y cátedras con individuos poderosos de la sociedad patricia, a la cual su familia pertenecía también. A Caracas fué a parar como consecuencia de transacciones en esas litis. Allí lo encontró el movimiento de abril de 1810, que condujo a la recuperación de la soberanía popular del pueblo caraqueño. Luego después, encendida la Revolución, con Bolívar supremo director de ella, Cortés Ma-

dariaga lo enfrentó. Era demasiado. Era luchar con las fuerzas telúricas de la naturaleza. En Río Hacha quedó anulado el chileno. Hasta sus cenizas se perdieron. Basta con presentar los perfiles de esta vida, con los tres rasgos con que lo hemos hecho, para suponer cómo ella apasionaría al historiador. En trescientas páginas de un formato pequeño, la cogió exhibiéndola por primera vez. Pero era incompleta desde el punto de vista de la investigación. El autor no se movía a sus anchas en las vicisitudes de la guerra emancipadora colombiana ni en los conflictos de Cortés con Bolívar. Hay algo que no domina y que no aprehende. Tampoco logra adivinar su intuición el vórtice de los sucesos. Es que la imaginación comenzaba a decaer. Ese algo que le faltaba no era otra cosa que familiaridad con los datos y los hechos en un terreno que desconocía. El mérito de este trabajo es, sin embargo, haber proporcionado los elementos capitales para una reconstrucción futura de Cortés Madariaga. Era solamente un hilo de Ariadna.

No es aventurado suponer que la carga inmensa de trabajo que lo acosaba por aquellos días de intensas preocupaciones patrióticas, como la guerra del Pacífico en que se encontraba envuelto el país, cuya conducción cívica y popular él había tomado, lo forzarán a escribir demasiado improvisadamente. Su mesa estaba llena de las pruebas de la historia de esa guerra y cargado de responsabilidades. Escri-

bía artículos patrióticos. Interpelaba en el Senado al Gobierno. Animaba a los soldados y era su confidente. Improvisaba discursos electrificados de fuego y de pasión. No lo decimos como una mitigación de lo débil que encontramos el libro. Apuntamos un hecho que ya percibimos en su obra. Sentimos el desgaste de la naturaleza cargada de un trabajo sobrehumano, cuyos hombros, por recios que fueran, se debían encorvar. Son los anuncios de la debilitación de las más preciosas facultades del escritor, que todavía en cinco años más de vida, llenará miles y miles de páginas.

También ahora se preocupaba de reunir sus obras completas, de acuerdo con un proyecto elaborado con su editor Rafael Jover, en 1879. Alcanzaba la nómina publicada, a noventa volúmenes y recogía sus escritos desde 1849 hasta 1870, en veinte años de labor. En los ratos que le era posible, ordenaba y corregía la biblioteca de sus propios escritos. Fué entonces cuando volvió sobre el *Ostracismo de O'Higgins*, cuyo segundo volumen debió esperar veintidós años para ver la luz. En 1882 redactó el destierro propiamente del prócer, en capítulos menos encendidos de entusiasmo. La documentación del archivo o'higginiano que aprovechó, toda íntima, compuesta de la correspondencia del prócer con sus partidarios y de éstos con él, fué la que aprovechó. También la cambiada con los grandes hombres de América. Ello dió al volumen la respetabilidad de una

obra histórica de gran seriedad en la elaboración, comparable a las biografías inglesas llenas de cartas, memorias y papeles de toda especie. Leído el tomo primero del *Ostracismo*, seguidamente del segundo, se ve cómo el impacto de los veintidós años que lo separan de aquél, ha modificado el carácter del autor. Las cualidades del escritor son las mismas. Las intemperancias han declinado. Los arrebatos se contienen. El criterio es más firme. Estaba también en el medio siglo justo de su vida. A los cincuenta años, ¿qué no ha cambiado en el miraje de su vida? Vicuña Makenna se dió cuenta de que otro espíritu lo dominaba y le escribió a Mitre: "es el hijo segundo el que envío. A gran distancia del primero ha salido y por lo mismo más sazonado en el reposo". Tiró el volumen para hermanarlo con el primero, y, en seguida, los refundió ambos en la obra definitiva: *Vida del Capitán General de Chile don Bernardo O'Higgins, Brigadier de la República Argentina y Gran Mariscal del Perú*. Sumaba novecientas ochenta y dos páginas. Prácticamente con esta obra, cerró Vicuña Makenna también la publicación de los libros y folletos acerca de la independencia. Los últimos escritos de este género fueron un libro sobre *El Coronel don Tomás de Figueroa. Estudio crítico según documentos inéditos sobre la vida de este jefe y el primer motín militar que acaudilló en la Plaza de Santiago el 1º de abril de 1811, y su proceso*, y un folleto, *La contabilidad del ca-*

dalso de los Carreras en Mendoza (1817-1818). Una duda histórica aclarada. Ambos estudios son de 1885, un año antes del fallecimiento. En el primero, intentó la rehabilitación del caudillo que amotinó un cuerpo de tropas para hacer fracasar la Revolución en su cuna. Figura simpática y desgraciada, pero secundaria en el drama que comenzaba, la rodeaba una misteriosa leyenda en su anterior existencia, a la que el relámpago fulminante del mismo fusil que disparó, la iluminó en un instante. Mucho más valioso que el relato, en el cuadro general de la época que historiaba, eran los documentos que enriquecían el libro sobre la Junta de Gobierno de 1810 y su dictador de hecho, Juan Martínez de Rozas. Proyectaban una luz nueva sobre el artificioso abogado. En el segundo, en las veintisiete páginas del folleto, refería un hecho de una crueldad moral indignante: fusilados en Mendoza los hermanos Juan José y Luis Carrera, los gastos del juicio de conspiración de que se les acusó y las diligencias judiciales de la muerte, se hicieron pagar al padre Ignacio de la Carrera, un anciano ya bastante desgraciado con la suerte de sus hijos, para que se le impusiera esta otra mayor, macabra, impía y feroz. La firma de O'Higgins estaba allí. Confirmaba el cúmplase. Estampó la suya el padre y murió. ¿Pudo evitar O'Higgins esta burla al dolor? ¿Le fué posible evitar ese martirio? Es posible. Pero era el mandato de la ley procesal española.

Después del fallecimiento de Vicuña Mackenna, algunas páginas suyas, inéditas, póstumas, sobre la independencia americana, vieron la luz. Eran trozos de una obra que quedó redactada a medias, pero con páginas tan vivas como las que contienen el retrato de Bolívar. Fueron publicadas con el título *El Washington del Sur*. El Mariscal de Ayacucho, José Antonio Sucre, era el motivo del escrito. Era una glosa al libro de un escritor venezolano, *Recuerdos del tiempo heroico*, magistralmente redactado por José María Rey de Castro.

En la república que vivió Vicuña Mackenna (1831-1886), de los hechos históricos que en ella acontecieron, fué testigo y actor directo o indirecto. Directo en la mayoría de los casos. A los seis años, su imaginación fué herida con la noticia del asesinato de Portales. A los nueve, sintió el eco de las aclamaciones del triunfo de Yungay. Entre 1840 y 1850, presenció el desarrollo y progreso del país, presidido por el General Bulnes, bajo la mano de hábiles estadistas: Irarrázaval, Bello, Rengifo, Benavente, Montt, Vial, Egaña, Tocornal, García Reyes, Varas, Pinto. Una generación anticipada a la suya, que sentía y comprendía de una manera diversa a la tradicional de la sociedad, pugnaba por cambiar la concepción política que dirigía el peluconismo. Lastarria, Santa María, Errázuriz, eran sus caudillos. El pipiolo Pedro Félix Vicuña, publicista quimé-

rico y fantástico, seguía conspirando. Era su padre.

En 1849, Vicuña Mackenna entraba en la vida pública. Lanza los primeros artículos. En 1850, está enrolado en un partido político, el liberal. Vive la historia de Chile. Participa en las revoluciones de 1851 y 1859. Interviene en la guerra con España en 1866, como agente confidencial del gobierno en los Estados Unidos. En 1879, es el animador de la Guerra del Pacífico. Cuando los acontecimientos importantes, internos y externos, no lo colocan en la avanzada, tiene otros cargos. Es diputado, senador, intendente de una provincia, cuya capital transforma, y, por último, candidato a la Presidencia de la República. Siempre prefirió, fuera de la política, cargos secundarios que le permitieran desarrollar la voluntad arrolladora y sus condiciones innatas de activista. Fué Secretario de la Sociedad de la Igualdad en 1850. Al lado de José Miguel Carrera y Fontecilla en la revolución del norte en 1851, trabajaba con igual rango. En la Sociedad Nacional de Agricultura, lo mismo. Como diputado, se hizo cargo de la Secretaría de esa Cámara. Lo fué de la Sociedad de Instrucción Primaria, de la Unión Panamericana, de las exposiciones históricas e industriales que organizó, o en las cuales colaboró. Desde esos cargos, podía mover, influir, entusiasmar, agitar, interesar, conducir. En una palabra, ser él todo, sin ser el primero. En la prensa, dirige la opinión. Asistió a la formación del partido liberal. La des-

composición del peluconismo, que dió vida al partido conservador y al montt-varista, le tocó verla. Formó en las filas de la Fusión Liberal-Conservadora. Contribuyó al triunfo del liberalismo. Propició las reformas liberales. El era un reformista.

¿En qué suceso de la historia de la república de su tiempo no intervino? El actor de alguno de esos sucesos se propuso historiarlos. La historia desde este momento la pone al servicio de la política, de sus convicciones doctrinarias. Tal era también la tendencia del siglo. Todos los que ejercieron su magisterio, hicieron de ella una cátedra de nacionalismo y de las libertades públicas. En Francia, Michelet, Guizot, Thiers, Mignet y Lamartine. En Alemania, Sybel y Treitschke. En Inglaterra, Macaulay y Carlyle. En España, Torreno y el Duque de Rivas. En Italia, Cantú. Vicuña Mackenna creía educar cívicamente al concebirla así. Imaginó que con la historia responsabilizaba, y que era un juez que pronunciaba sentencias. La parte dispositiva de esas sentencias concluían imponiendo una sanción política y moral. Siempre como una manera de hacer respetar los derechos del individuo, o de encarnecer a los malos ciudadanos. Pero este juez había sido parte en los hechos que iba a sentenciar, y algunos de sus veredictos, convertidos en libros, demostrarían que no había tenido serenidad para meditarlos. Un ejemplo. La historia de la administración Montt, careció de un capítulo siquiera que explicara qué había sido

aquel gobierno, cuáles sus características políticas, quiénes los hombres que la dirigieron, las razones que determinaron el exceso del autoritarismo presidencial. No la precedía ni una semblanza del mandatario que encarnó como nadie el gobierno y su responsabilidad. Vibrantes los odios del decenio en que ejerció el mando el petorquino, a distancia de un año y meses de haberlo abandonado, el historiador lanzó en 1863 la *Historia de los diez años de la administración de don Manuel Montt*, en cinco volúmenes, con un total de mil cuatrocientas cuarenta páginas. En realidad, algunos capítulos estaban escritos en 1858. El lector entra a conocer sucesos que naturalmente debieron tener antecedentes que allí no se mencionan. Cae de inmediato en la liza de los combates militares. Después de avanzar muchas páginas, se da cuenta de los hechos políticos que precedieron al estallido de la revuelta. Las páginas del libro fueron escritas a poca distancia de las llamas que dejaba la conmovión: "A fines de 1858 —dice— la *Asamblea Constituyente* publicó el prospecto y los primeros capítulos de esta obra. Pero la mano del carcelero no tardó en arrebatarme la pluma de las mías, y, después, los vientos del destierro echaron a volar las páginas aún desencuadernadas de esta obra nacida en las borracas". Pensaba que la serenidad dominaba su espíritu y escribía: "Llegado a aquella edad (tenía treinta y un años) de la vida en que se toman las re-

soluciones serias, y resuelto a retirarme a la paz y al silencio del campo, pediré al destino aquella tregua de reposo y de constancia que este esfuerzo necesita. ¿Por qué no he de alcanzarla después de tantos años de amarga zozobra?”. Reconocía su parcialidad, con estas palabras sinceras, pero ingenuas: —“Soy, lo confieso, el soldado de una causa generosa y desdichada. Simpático con ella desde el fondo de mi corazón, como la deidad de mi juventud y de mis sacrificios, y la guardo, además, como una sagrada herencia de mis mayores. Me acuso por esto de antemano de este género de parcialidad que a nadie daña, porque es hija sólo del entusiasmo y del amor. No odio a nadie, y en el ancho mundo por el que he vagado, pobre y obscuro, no he encontrado sino amigos. En Chile, sólo quisiera tener hermanos. A todos, pues, pido cooperación e indulgencia. Pero si no tengo la imparcialidad del corazón, es decir, si no padezco la enfermedad del siglo —el egoísmo—, creo tener intacta y fuerte aquella imparcialidad sublime, antorcha y buril de la historia; la imparcialidad de la conciencia. Diez años de sufrimientos por la justicia y la verdad, que son los mismos del decenio, cuyos acontecimientos narro, serán la mejor garantía que puedo ofrecer de no estar desposeído del alto don de la justicia para todos, sin la que la historia es una columna rota en la senda de la humanidad”.

Muy vivas las pasiones y los resentimientos en los tiempos que escribía, o mejor

dicho cuando compaginó la *Historia de la administración de Montt*, pues las cuartillas habían sido redactadas, como se ha visto, en los momentos mismos que desarrollábase el turbión revolucionario o en los inciertos aposentos donde fué a parar el inquieto desterrado, la serenidad de la historia no era posible exigirla en este libro de 1863, redactado, en parte, en 1858.

Los dos primeros volúmenes relatan la revolución en el norte en 1851. Era aquella en la que había sido caudillo. Los otros, refieren los acontecimientos del Sur. Era la que su padre había dirigido. Realmente, no se trataba de una historia. Todo faltaba en ella para serlo. En cambio, era una crónica prolija, con un material de primer orden para escribirla. Siempre honrado el autor, estos libros los llenó de apéndices documentales, de cartas, de diarios de vida y de cuanto creyó conveniente para ilustrarlos. A veces, las páginas se convierten en las memorias del hijo y del padre. Pero el libro no es una historia. Es una crónica. Son memorias. Son los apuntes para una historia. Es más todavía que todo eso junto. Vicuña Mackenna quiso pagar un tributo de admiración a sus compañeros de aventuras, al igual que a los que con su padre lo habían sacrificado todo por un ideal. Materiales para la historia y nada más. Sin embargo, hay allí páginas y páginas maestramente escritas. Citemos algunas: el sitio de La Serena, la batalla de Longomilla, los retratos de Ga-

lleguillos y de Juan Nicolás Alvarez, *El Diablo Político*.

No hay duda que había pensado escribir la introducción que faltaba a la historia. Al hacerla, fué tan lejos en el rastreamiento de los antecedentes del gobierno de Montt como doctrina política, que quedó detenido en el gobierno de Prieto, y la figura de Portales lo absorbió, enamorándolo. Encontró que Montt era una prolongación de aquel estadista y decidió estudiarlo.

Sobre esa introducción había meditado largamente. "Para completarla —decía—, fuerza nos ha sido darle la mano en muchas épocas distantes y en lugares muy apartados. Viajando esos pliegos en nuestra maleta, como la meditación viajaba en nuestra frente, durante un espacio de más de tres años, íbamos compaginándolos a medida que el tiempo y la versatilidad de una vida errante lo consentían. Reflexiones maduras de esta suerte al sol de los trópicos en nuestras solitarias navegaciones; estudios fríos empapados en las nieblas de Inglaterra; inspiraciones torturadas por el bullicio deslumbrador de París: he aquí cómo se ha formado el marco del resumen histórico, en el que aspiramos a compendiar todas las fases de nuestra existencia de colonia, de organización política y de república democrática. Nos falta, pues, dar a luz los *hechos* en que estriba este vasto análisis para entregarlo a la discusión".

Este es el origen de un libro clásico

suyo, dado a la luz por las prensas en 1863, con el título *Introducción a la Historia de los diez años de la administración Montt. D. Diego Portales. (Con más de quinientos documentos inéditos)*, en dos volúmenes, con un total de ochocientas ochenta y dos páginas. El escritor se encontraba en la plenitud de su talento literario y de las dotes del historiador. Treinta y dos años.

El sistema político de Portales, a juicio de Vicuña Mackenna, era el que había inspirado al gobierno de Montt. Sistema arbitrario, voluntarioso, despótico, opresor. Había hecho de la persecución, de la cárcel y del destierro, la ley. Ese régimen era el que él había sentido en carne propia durante el mandato del peyorquino, y ese régimen el que en la *Historia* había condenado, en las *Tablas de sangre de la administración Montt*, expuesto a la vindicta pública y en *Montt y sus agentes*, denunciado ante esa misma opinión, en el extranjero. Portales había encarcelado, desterrado y humillado caprichosamente a los hombres. Había afrentado a los guerreros de la independencia, ensañándose con Freire, inferido ofensas a O'Higgins, y puesto la ley al servicio de sus pasiones. Esto era lo que sabía el liberal del Ministro omnipotente. Había una congruencia de procedimientos en la acción de los dos gobernantes. Con estos antecedentes, el lector de su tiempo creyó encontrar en el *Don Diego Portales*, la más tremenda condenación del estadista. Los

que así pensaron, sintiéronse defraudados. El estudio del hombre concluyó imponiéndosele al biógrafo. El carácter recio del Ministro, la voluntad resuelta, la inspiración segura, el rápido golpe de vista, el desprendimiento, el patriotismo, el ideal de un Chile poderoso, la ley como símbolo de autoridad superior al hombre, la acción fecunda y la sangre del martirio en la inmolación, fueron los rasgos que enamoraron al historiador. Nunca la sugestión de una personalidad histórica ejerció tanta influencia en el historiador como en este caso. Si esos rasgos, que los encontró intactos en los papeles íntimos del hombre, fueron los que lo inclinaron en su favor, hubo otros que afianzaron la admiración muy hondamente. El Ministro adusto resultaba, al desprenderse de la toga, y al bajar del estrado, un individuo a quien el servicio público se le imponía como un deber de civismo en bien de la patria para engrandecerla. Odiaba el poder. No pudieron hacerle aceptar el cargo de Vicepresidente de la República. Sus sueldos no los cobró jamás. Pobre, lindando en la miseria, los despreció. La lisonja y el adulo le repugnaban. Sentíase mejor en su círculo, en el que él había formado de acuerdo con sus inclinaciones sencillas, de clase media, muy cerca de las populares, pero serias, dignas y decorosas. No se hallaba bien en la alta sociedad a que pertenecía. La despreciaba por sus prejuicios y sus limitaciones. En el círculo propio suyo, despreocupado, ligero, sin pre-

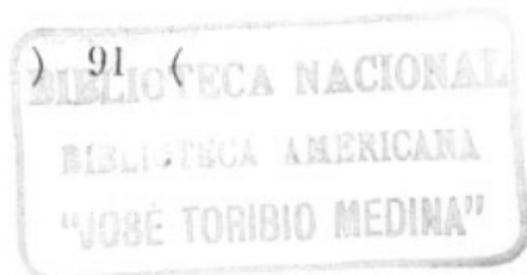
venciones, se encontraba a sus anchas. Allí las mozas cantaban los aires nacionales en las guitarras y él improvisaba versos con aires melancólicos y de salado gracejo también. Podía reírse burlonamente de las cosas y de los hombres que buscaban actitudes solemnes, cuando no eran más que pobres diablos y pobres las cosas. ¡Qué distante se encontraba el hombre de ser el personaje sombrío que la leyenda había pintado! Para presentarlo en el libro, no había tenido más que ordenar sus papeles y transcribir la correspondencia del estadista, un gran escritor del género epistolar, en la cual nítidamente se desnudaba mostrándose sin esconder los defectos. En ella contaba sus penas, sus amores desgraciados, las miserias y la pobreza, las ridiculeces de la vida. Opinaba de política ciertamente. Daba juicios sensatos y siempre insistía en la impersonalidad del gobierno, cuyo prestigio debía imponerlo a la opinión, su fuerza moral y el respeto de la ley. Pero los actos del gobierno de Portales, ¿se avenían con lo que decían sus papeles privados? Vicuña Mackenna creyó que sí, o por lo menos trató de justificarlos. Titubeó en el juicio. Hoy sabemos que el gobierno pipiolo organizó la República. Benavente, en la hacienda pública, en el gobierno de Freire, la encaminó ciertamente y Ventura Blanco Encalada la llevaba a buen destino, cuando el régimen cayó. La educación y la instrucción públicas alcanzaron un desarrollo que antes no tuvieron. El Ejército se

encontraba con su sistema perfectamente establecido. Se había estructurado el régimen interior y la libertad no había sufrido menoscabos. Fué ésta la base de la edificación de Portales. Ella requería, además, de un concurso que el pipiolismo nunca consideró por sus tendencias democráticas y populares: las fuerzas patricias oligárquicas, dueñas de las tierras y del poder social. La fuerza de la iglesia que espiritualmente debía ser apoyo del gobierno. Atrajo los dos elementos que despreciaba, precisamente, para cimentar un gobierno firme y estable, que tuviera la sustentación en dos realidades sociales. Era el estadista el que veía.

La revolución de 1829 pudo dirigirla realizando un verdadero milagro. Unió espiritualmente en una mística contra los pipiolo, las fuerzas más heterogéneas y contrarias de la vida política. En una coalición formidable, volcó a los estanqueros, a los o'higginistas, a los federalistas y a los pelucones, contra el gobierno pipiolo. Incluyó una parte del ejército a su favor y se hizo aliado de la iglesia. Con la aglutinación de esos elementos, ¿quién podía resistir el choque? Sin embargo, la personalidad que fué capaz de ordenar y disciplinar esos grupos tan disímiles, no era un reaccionario. Se valió de las fuerzas tradicionales para el triunfo de un gobierno fuerte, activo y emprendedor. Pero él era otra cosa. Por su temperamento, era un pipiolo. Por su concepción política, un liberal autoritario aristocrático. Del mis-

mo tipo político de Manuel Montt, Antonio Varas, Federico Errázuriz Zañartu y Domingo Santa María. Por sus creencias religiosas, un escéptico emancipado. La organización que dió a la República, si la encajonó en un duro mandato de orden, fué para disciplinarla en el porvenir y hacer entender determinados conceptos morales de salud y de sanción pública. El historiador captó con una poderosa adivinación el alma de Portales. El segundo ministerio, que debía llevarlo a la guerra contra la Confederación, lo condenó. El ejercicio discrecional del poder, desarrolló en el estadista la neurosis del mando. Es decir, la necesidad de afianzar el orden público para que el país se entregase a los bienes de la paz en el trabajo, y afrontara su independencia internacional ante el peligro del dominio de Santa Cruz, lo condujeran a la neurosis. Ella lo hizo equivocarse. La confianza en Vidaurre lo llevó al sacrificio.

Hay que dejar de mano lo que el liberal Vicuña Mackenna declamó en el libro. Hay que desechar las lucubraciones filosóficas con que quiso adornarlo. Despojado de esos oropeles, el libro se torna en la estupenda interpretación de un carácter. No lo entendió así, de este modo, Lastarria, ya harto de las biografías del historiador, siempre enaltecidas. Le escribió: ...“Ud. se enamora para escribir esas historias, pues los Carreras, O’Higgins y Portales son panegíricos y no historias, y tan panegíricos, que Ud. tiene



que estar defendiendo su pureza de escritor, repitiendo que no ha recibido paga por escribir. Como dicen los que, no conociéndolo a Ud., no pueden explicarse por qué ha escrito Ud. esos libros de elogios. ¿Quién es el primer chileno, el más grande en el libro de los Carreras? José Miguel. ¿Quién es el primer chileno en el de O'Higgins? O'Higgins. ¿Quién lo es en el que acaba de escribir? Portales. Y al fin, ¿quién es el más grande?..." El doctrinario empedernido que era el autor de los *Recuerdos Literarios*, sublevábase con estas aparentes contradicciones del alma generosa del escritor.

La crítica ha colocado el *Don Diego Portales* de Vicuña Mackenna a la cabeza de sus obras. En este juicio no se ha distinguido sobre qué obras históricas suyas. Porque no cabe comparación con las *Páginas de mi Diario*. Es otro el género de la narrativa. Con la *Historia de Santiago*, otra la forma de ambiente. Con la *Guerra a muerte*, el escenario de combate, muy singular. Con las obras biográficas, la comparación resiste el examen. Indudablemente, el Portales es superior a todas ellas. En lo histórico, en la investigación, nada hay que agregar. El método ya no es conocido. En este caso, quinientos documentos sostenían la envergadura de una solidísima construcción.

Acerca de la revolución de 1851, volvió quince años más tarde, en 1878. Los materiales estaban acumulados desde antes de marzo de 1862. Podía ahora, en 1878,

mirar los acontecimientos de los cuales fué actor, en la iniciación de la revuelta de 1851, con la tranquilidad de espíritu del hombre a quien la vida, a los cuarenta y siete años, mucho ha enseñado y también desengañado de antiguas y calurosas afecciones. Las ideas, los principios, los arrestos doctrinarios se han suavizado por el cruel desgaste del viento sobre los cortantes perfiles de la roca. Contó en ese año, con animación y encanto, con el arsenal de vívidos recuerdos y con una nutrida documentación en apoyo del relato, un episodio dramático, que fué el origen o el comienzo de la revolución de 1851. En ese año de 1878 apareció la *Historia de la jornada del 20 de abril de 1851. Una batalla en las calles de Santiago*. Hay en el libro mucho de autobiográfico. Es una historia escrita con amor y largamente meditada. De las innúmeras salidas de la pluma del historiador, es una de las mejores, por el estilo, por su equilibrio, por la armonía de sus partes. Es completa en la investigación de los sucesos. Trazaba, como lo dijo en la *Historia de los diez años de la administración Montt*, "el gran movimiento político que desde 1848 arrastró a la República a buscar aquel inevitable y terrible desenlace de una situación la más complicada, la más grave y la más difícil que acaso podrá presentar la historia de ningún pueblo hispanoamericano". Comienza con el Club de la Reforma de 1849 y concluye con la bala que el 20 de abril de 1851 cegó la existencia ro-

manticona del Coronel Urriola en la Alameda, frente al convento de San Francisco. Lo desplomó una bala anónima, disparada al acaso, sin ánimo de producir un infortunio. Contó las actividades de la Sociedad de la Igualdad, de la cual fué socio y Secretario. Retrató a Bilbao con caracteres que lo sitúan en su verdadero papel de hombre más de palabra que de acción, ajeno al sentir del sufrimiento popular, incapaz de bajar hasta el pueblo, de quien se decía defensor. Contrasta este retrato con el de Santiago Arcos, inteligente, culto, verdadero caudillo y hombre de acción, con poderoso sentido de lo que había que derribar. Un revolucionario dueño de un sistema, pero sin poseer el magnetismo del arrastre personal. Las siluetas de Montt y de Varas son justas. Es en este libro, vibrante de entusiasmo reposado, donde su autor dibujó los medallones de casi todos los compañeros de su tiempo. En rasgos sencillos destacó a Lastarria, Santa María, Errázuriz, Vial, Tocornal, García Reyes, Viel, Sanfuentes, Eyzaguirre y tantos otros. En todas esas siluetas hay ecuanimidad sincera. Fué justo con Bulnes, con Montt y con Varas. El ambiente revolucionario que se fué preparando con la candidatura presidencia de Manuel Montt, Vicuña Mackenna logró destacarlo con un relieve muy acentuado. Casi se podría decir que el autor contrapuso los ideales de dos generaciones: la que apoyaba a Montt, la generación tradicional y la de la juventud,

imbuída en los principios liberales reformistas. Una prueba de la elevación de miras con que el historiador narró los hechos que precedieron al 20 de abril y de los que se sucedieron, se encuentra en que el libro no tuvo rectificaciones ni abrió polémicas. Los montt-varistas reconocieron la imparcialidad del autor. Los hombres que allí figuraban, vivos casi todos, encontráronse colocados en el sitio de sus actuaciones, ni deprimidos ni exaltados. Bilbao, sin embargo, se derrumbaba de un pedestal que la tradición había construído artificialmente. Arcos adquiría sus exactas proporciones. La *Historia de la jornada del 20 de abril*, escrita sin precipitación, es un modelo de recuerdos autobiográficos y una historia verdadera.

No podemos detenernos en algunos escritos suyos que son, en general, circunstanciales. A su gloria literaria se suman simplemente. Esos libros, arrancados a la pluma en el momento del acontecimiento, tuvieron su público y fueron leídos con agrado. Están entre ellos: *Cambiaso. Relación de los acontecimientos y de los crímenes de Magallanes en 1851*, publicado en 1877, crónica horripilante de desolación; *De Valparaíso a Santiago*, de 1877, en que explicó la historia de los lugares que cruzaba el ferrocarril, y *La Patagonia*, 1880, estudios geográficos y políticos encaminados a dilucidar —como el subtítulo lo indica— las amenazas recíprocas de guerra entre Chile y la Argentina. Vicuña Mackenna consideró ese territorio

tan miserable, que no merecía el quebrantamiento de la amistad de los dos pueblos. Algunos folletos tienen un valor circunstancial también. La semblanza del estadista peruano Manuel Pardo es de 1878. La historia lírica de la vida de una hermana del historiador, Dolores Vicuña Mackenna de Morandé, notable dama por sus virtudes y filantropía, no es otra cosa que el grito de un corazón desgarrado por la muerte de un ser querido. Fue publicado en 1883. En *Elisa Bravo* relató las aventuras de esta mujer rescatada en las costas de Arauco, después de un naufragio, por los indígenas y sometida a cautiverio con sus dos hijos. Recoge las leyendas del drama. Otros libros, en cambio, destácanse notables en mérito al carácter personal, por lo que tienen de recuerdos de actos intensamente vividos, en las gestiones suyas y que hacen parte de la historia de la República. Hay casi siempre en ellos páginas autobiográficas. No aparecen demasiado a la vista, pero son suficientes para ejercer poderosa atracción sobre el lector. Uno de estos libros es el que publicó en 1867, *Diez meses de misión a los Estados Unidos como Agente Confidencial de Chile*. La guerra con España fué el asunto. Detengámonos un momento en esta obra.

El reformismo liberal, que en su programa había incorporado una transformación completa de las instituciones, acogió el de la solidaridad americana, la unión de los pueblos en una hermandad.

Los intereses antagónicos de ellos, cualquiera que fueran, debían deponerse en un noble sacrificio de unidad espiritual. No importaba cuánto debiera cederse para conseguir el ideal y lograrlo. Era peor perder la independencia. El caso de México, de Santo Domingo y de Puerto Rico, estaban allí demostrando la codicia europea para conquistar los nuevos Estados surgidos de la lucha de la liberación. El americanismo tuvo una eclosión mística que influenció cabezas sólidas y bien estructuradas. Se produjo un contagio mental colectivo y alcanzó a convertirse en una religión por la hondura con que se incorporó en los sentimientos. Chile, por el prestigio y solidez de sus instituciones, como por la confianza que inspiraba debido a la seriedad de sus compromisos internacionales, se hizo el abanderado de la religión del americanismo, y difundió la nueva doctrina en el continente. Tuvo partidarios ardorosos en las filas de liberales y radicales. Hasta los montt-varistas o nacionales se incorporaron como feligreses de la causa. Vicuña Mackenna fué, naturalmente, su apóstol. Al producirse en 1865 la ocupación de las Islas Chinchas por España para vengar en el Perú los antiguos agravios, las afecciones americanistas hicieron explosión en Chile y las influencias místicas del americanismo condujeron al país a la guerra con la antigua metrópoli. Era una guerra desigual. Tuvo glorias con la captura de la fragata "Covadonga", abordada por

los marinos de la escuela de Blanco Encalada y de Lord Cochrane y con el combate de "Abtao". La España se deshonró con el bombardeo de Valparaíso, un puerto indefenso. Era necesario encontrar armas, buques, los elementos necesarios para poner al país en pie de guerra. ¿Dónde encontrarlos? Se creyó que los Estados Unidos podrían prestar ayuda. Pero habían declarado la neutralidad en la contienda. La diplomacia no consiguió, no pudo, variar esa decisión terminante del gobierno de la Unión. ¿La opinión pública norteamericana no podría hacer cambiar el rumbo de la política del Departamento de Estado, interesándola en una causa de justicia, de conciencia y de respeto al derecho? Era el único recurso que quedaba. Para mover esa opinión pública, era necesario encontrar un hombre. Nadie dudó de que Vicuña Mackenna poseía las condiciones para una atrevida empresa como aquélla. El agitador, el activista, el hombre de protesta, era capaz de hablar en los *meetings* en la propia lengua de los norteamericanos, en un inglés mejor que el empleado por ellos. El arrebató de su fuego, lo llevaría a fundar diarios. Inundaría el ambiente de folletos y de panfletos en servicio de la causa. En realidad, Vicuña Mackenna sólo tenía el nombre de agente diplomático confidencial. Su verdadera misión era la de un agitador. Como agente diplomático fracasó. El agitador venció en toda la línea. Las instrucciones del go-

bierno no pudo cumplirlas. El mismo anotó: "No había buques. No había dinero. No había crédito. No había en el gobierno norteamericano apoyo, ni simpatía oficial ni oficiosa de ninguna especie. La simpatía oficial y oficiosa había sido ya comprometida con el enemigo y condenándose oficialmente la justicia de nuestra causa. El pueblo era absolutamente indiferente por su absoluto egoísmo. La doctrina Monroe, como cuestión interna, era sólo una farsa de partido que se exhibía en épocas de elecciones o de agitaciones políticas. La misma doctrina, como cuestión internacional, era sólo un ardid o una iniquidad, pues servía o para intimidar a los fuertes como Napoleón III y a Maximiliano, o para adquirir un postizo prestigio entre las naciones débiles de América".

No había nada que hacer en la esfera oficial. Vicuña Mackenna tentó la opinión pública y sólo alcanzó un éxito sin trascendencia para variar los planes de la política norteamericana. Tuvo oyentes, admiradores, buenos amigos platónicos de la causa que defendía que nada pudieron. En los dos volúmenes de los *Diez meses de misión a los Estados Unidos*, libro eminentemente autobiográfico, lleno de consideraciones valiosas sobre el país, contó muy a lo vivo las aventuras —tal es el nombre— que hubo de pasar, para comprar armas y buques, burlando la ley de la neutralidad. Empeñó en ello un ardiente patriotismo, que más tarde sería

calumniado, atribuyéndosele un uso indebido y personal de los dineros fiscales. La obra era su vindicación que, en realidad, no la necesitaba, como tampoco era necesario arrastrar a los difamadores de su honra, por encima de la diatriba, a un juicio de imprenta. Un motivo político contra el escritor, bajo y miserable, movía esta conducta odiosa. Vicuña Mackenna había sostenido la acusación contra la Corte Suprema, cuyo Presidente era Manuel Montt. Los partidarios del ex mandatario, irritados con la actitud del historiador en la Cámara de Diputados, quisieron ensombrecer su honra con una calumnia audaz e indigna. El historiador también cometió un error al arrastrar a sus detractores a un jurado de imprenta. El se había llamado el guardián de esa libertad y sostenido los derechos del escritor y del periodista para expresar sus opiniones, las cuales debían discutirse sin requerir la acción judicial. Esta vez quebró su propia doctrina. La inconsecuencia de este acto pesaría en su vida política futura en forma odiosa. Sin embargo, las letras ganaron los capítulos de una obra de brillantes revelaciones autobiográficas. La historia, los datos y antecedentes de una jornada internacional difícilísima. Y el libro mismo, por su alcance, por su espíritu, por el contenido, en que da a conocer lo que era el pueblo, el gobierno y la política norteamericana de ese tiempo, es un trozo literario animado y palpitante de los sentimientos de ese pueblo. Consi-

derado así, es la continuación de sus observaciones de las *Páginas de mi diario durante tres años de viajes* (1856), once años después de su visita a la Unión (1867).

Con los *Diez meses de misión*, Vicuña Mackenna relató un aspecto de las relaciones internacionales del conflicto de Chile con España, proyectado en los Estados Unidos, hecho histórico de la república que él en parte configuraba con su acción. Después, la guerra misma y sus vicisitudes no habrían de escapar a su pluma. La narraría seis años más tarde, en 1883, en un trabajo sin originalidad. Entonces dió a luz la *Historia de la guerra de Chile con España (de 1863 a 1866). Cuadros y episodios comentados, arreglados y extraídos de la "Historia de la guerra de España en el Pacífico", publicada en 1883 por el Teniente de Navío de la Marina Española don Pedro de Novo y Colson*. El historiador español había escrito una obra seria y digna, desapasionada y justiciera, en general. Vicuña Mackenna se limitó a glosarla y a comentarla en un volumen, al que añadió todo aquello que el marino español no supo de lo que ocurrió en el país con motivo de ese grave conflicto. El título del libro es suficientemente explícito de su intención. A la obra general del escritor, no es mucho lo que agrega. Sólo pretendió divulgar las etapas de un suceso histórico de honda repercusión en la vida nacional. La imparcialidad de Novo y Colson sirvió a Vicuña Mackenna para suavizar y restañar las heridas que dejó

el acontecimiento y buscar la reanudación de las relaciones entre los dos países, que ya por esa época, la vía diplomática comenzaba a gestionar. Pero el resumen de la contienda para Chile fué desgraciadísimo. Sostener el ideal del americanismo, la religión americanista, costó sangre, desengaños y amarguras. La defensa de las repúblicas ofendidas por España en un arrebató de locura, hizo gravitar sobre el país empréstitos y deudas que sumaron treinta millones de pesos, postrando su capacidad económica futura. El bombardeo de Valparaíso, representó pérdidas que alcanzaron a quince millones. Se perdió la marina mercante nacional. Las consecuencias para el porvenir fueron peores. Chile perdió la hegemonía americana. Quedó relegado entre las naciones de segundo orden en el continente. Perdió el dominio del Pacífico. El horizonte internacional se cerró. Obscuramente, dibujáronse los conflictos que la república habría de sostener con Argentina y Bolivia por las cuestiones de límites, que arrastrarían al Perú en una mediación que significaría ante su conducta doble, la Guerra del Pacífico de 1879.

Consagrada ya su fama literaria en América como el escritor más brillante, ungido como historiador de un mérito indiscutible y de una fecundidad sin igual en las letras, encontró a Vicuña Mackenna la Guerra del Pacífico. De ella fué, a la vez que su cronista e historiador, el cantor de las glorias y hazañas inver-

símiles de su pueblo. Desde el primer momento del conflicto bélico con el Perú y Bolivia, se convirtió en el director popular de la contienda. Se olvidó de la religión americanista. Su espíritu patriótico estalló como un volcán. Para investir el título de director popular de la guerra contaba con antecedentes que nadie podía ponerle en discusión siquiera. Si el patriotismo activo y combatiente en alguien habíase encarnado en Chile, era en él. La vida del historiador no había tenido otro fin que enaltecer sus glorias en multitud de libros, en realizaciones concretas con la erección de estatuas y monumentos recordatorios de los hijos preclaros de la patria. En los museos presentó el pasado. Con nombres ilustres, consagró las calles. En sus obras, en los artículos de diarios y revistas, en infinito número de folletos, directa e indirectamente, dió a conocer a Chile con su *chilenidad* en la alta clase social y en la baja. A fuerza de acumular las menudencias del vivir en sus características sintomáticas, descubrió lo más íntimo y genuino de la idiosincrasia nacional, y de ella quedó enamorado. La fuerza de los sentimientos afectivos para con la patria alcanzaron en Vicuña Mackenna proporciones realmente colosales. Parece que escribía para una raza de titanes, y hablaba a otros titanes del pasado. En ese tono empleó el verbo. La Guerra de 1879 lo conmovió más que ningún otro de los sucesos de su república, de los que fué actor y testigo. El estallido del

patriotismo brotó incontenible, herido en su orgullo de chileno, con una fuerza de acción, de vehemencia, de impulso, de creación, de inspiración cívica que lo identificó con el alma nacional. Si el gobierno dirigía la guerra con una inmensa responsabilidad, a su lado se generó otro gobierno popular que por derecho propio comandaba las anhelantes palpitaciones de un pueblo unido en esa voluntad inquebrantable y con una fe ciega en el triunfo, porque de él dependía el destino de Chile. Vicuña Mackenna, jefe moral de ese gobierno popular, encarnaba la protesta de la opinión por la lentitud en las operaciones y aplaudía sus triunfos con igual franqueza. La opinión pública dirigida por él en el *meeting*, en las reuniones de las sociedades patrióticas, en los círculos sociales, donde, en fin, se encontraran los ciudadanos, la dirigía con su palabra encendida, cálida e impulsadora. Todavía contaba con la prensa. En dos o tres rotativos de la capital santiaguina, escribía largos artículos todos los días sobre los asuntos de la guerra. En provincia reproducíanse como la voz del patriota. En el Senado encontró otra tribuna. En ella debatió los problemas de la guerra con pasión, con una fuerza espiritual avasalladora.

Con esa misma fuerza y pasión se entregó, en medio de la brega impetuosa, cuando no se apagaban aún los resplandores de los combates y batallas, a escribir la historia de la guerra. Volúmenes de más de

mil páginas brotaban de su pluma con rara agilidad, sin cansancio ni pesadumbre, bien ordenados, perfectamente dispuestos, con revelaciones íntimas. Un tono épico preside el estilo. En los cinco tomos que escribió para contar la guerra, en cinco mil setecientas treinta y ocho páginas, en un tiempo de dos años y medio, ese tono épico no decayó. Se mantuvo vivo. Para narrar el combate naval de Iquique, publicó los *Episodios marítimos. Las dos Esmeraldas*, en una prosa sencilla y diáfana. Aquí unió las figuras de Cochrane y Prat, comandantes de los dos barcos que llevaron ese nombre, cuya historia, sin alardes de erudición, presentó con animada gracia. Después, consagró a cada campaña de la guerra una obra. *Las dos Esmeraldas* son de 1879. Es la historia de la campaña naval en su primera etapa. En 1880 lanzó la *Historia de la Campaña de Tarapacá*, en dos macizos volúmenes. Al año siguiente, 1881, la *Historia de la campaña de Tacna y Arica* y la *Historia de la campaña de Lima*. Dificultades editoriales insalvables le impidieron publicar en 1882 el complemento de esta tarea gigantesca, *El Album de la Gloria de Chile. Homenaje al Ejército y Armada de Chile en la memoria de sus más ilustres marinos y soldados muertos por la patria en la Guerra del Pacífico. 1879-1884*, que dió a luz en dos grandes volúmenes con numerosas ilustraciones, en 1885.

Toda esta tarea pareció ya en su tiempo agotadora. El escritor no estaba consa-

grado exclusivamente a ella. Para vivir, necesitaba redactar los artículos que le permitían subsistir, distribuyéndolos en *El Mercurio*, en *El Ferrocarril*, en *El Nuevo Ferrocarril*, en el *Veintiuno de Mayo*, y todavía en revistas. ¿Cuál es el valor de estas historias? Si en sus días animaron más aún el patriotismo ardiente, contribuyeron a formar la conciencia orgullosa de un pueblo, que se destacó con virtudes heroicas en las horas supremas por las que atravesó. Las historias de esas campañas guerreras contemplaban también los sucesos políticos internos y externos del país, entraban en detalles inapreciables para mejor conocer los sucesos e informaban de situaciones que rara vez consignó la historia. Vicuña Mackenna no perdió en ningún momento la responsabilidad que como historiador le correspondía al hablar de hechos y acontecimientos que trasladaba a sus páginas horas después de ocurridos. Si esos hechos y esos acontecimientos presentábanse sin la adecuada perspectiva que era necesario para apreciarlos; si en el relato incluyó algunos secundarios que bien podían excluirse, lo cierto es que la obra en nada ha desmerecido con un método semejante. En el arte de la composición histórica, Vicuña Mackenna terminó siendo un maestro consumado, y estos libros tienen el sello de su manera de concebirllos. Sobre ellos ha caído, sin embargo, cierto descrédito que no es justo. El carácter patriótico con que fueron presentados y el estilo épico de la

prosa del autor ha sustraído de su lectura a los hombres que siguieron a la generación de la guerra. Cautela excesiva y sin fundamento. En estos tomos, el material es de una veracidad absoluta y los juicios —entiéndase bien— no han sido substancialmente modificados. Si el patriotismo que los alienta hizo caer al historiador en declamaciones que ya no encuentran eco ante la serenidad de nuestro espíritu, la observación es general para toda la obra anterior del historiador. Porque, ¿cuál fué el libro suyo que se libró de este defecto? En cambio, todos los libros que dedicó a la guerra, respiran el ambiente varonil que despertó la contienda en un pueblo, cuya principal virtud era la energía y la fortaleza. Algún día, cuando el alma nacional requiera volver a conocer lo que fué ella en el pasado, en estas páginas del historiador encontrará un ejemplo de heroísmo, de sacrificio, de espíritu cívico sin ejemplo en la América. Ese día, por desgracia, no está muy lejano si se considera con qué pavorosa rapidez se disgrega el alma nacional, en el cosmopolitismo sin fe en el pasado de una juventud podrida en el materialismo de la sensualidad y del dinero.

La *Historia de la Guerra del Pacífico* fué el último gran acontecimiento que narró Vicuña Mackenna de la república que vivió como testigo, actor e historiador. Fué también el legado, la herencia que dejó para engrandecer a las generaciones que le siguieran. Pero en Chile la obra no ha

tenido el significado moral que de sus páginas se desprenden. Ha flotado sobre ella una impresión falsa. Se la ha considerado como ocasional y del momento, fácil y ligera. Sin estudio, animada de una simple y patriótica intención. Pero en el Perú la opinión ha sido diversa. El peruano José de la Riva Agüero formuló otra opinión. La llamó "especie de epopeya en prosa a lo Michelet...", de "lírico desborde, torrentosa y deslumbradora como un río de lava, delirante de entusiasmo por su patria y de furor y saña contra los enemigos...", "atrae como una admirable novela o como un magnífico poema, a pesar de las ligerezas en que abunda y de las ceguedades e intemperancias que en cada página contiene". Para ser el juicio de un peruano de la generación que siguió a la de la guerra y que sintió el escarnio y la vergüenza de la derrota, no se puede pedir más en homenaje al valor de una obra histórica y de un historiador.

